MAUREEN CHILD

Placer sin Compromiso

2° de la Serie Los King

MAUREEN CHILD
Placer sin Compromiso

Placer sin compromiso (2009)
Serie: Los King / Los reyes del amor
Título original: Marrying for King's millions (2008)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello z Colección: Deseo 1655
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Travis King y Julie O'Hara

ARGUMENTO:

Millonario busca mujer apropiada.
¿Casarse con la poco apetecible hija de uno de sus clientes principales? No, gracias. Pero el cliente se había empeñado, y la única forma que tenía el millonario **Travis King** de quitárselo de encima era casarse con otra persona.
Al final, eligió como esposa temporal a **Julie O’Hara**, una chica sencilla que estaba desesperada y que no llamaría la atención. El acuerdo estipulaba que ella haría exactamente lo que él quisiera durante el año de duración de su matrimonio platónico… a menos que los deseos de Travis empezaran a cambiar.

SOBRE LA AUTORA:

Maureen Child vendió su primer libro en septiembre de
1990. Era un gran libro con un título terrible, pero eso no
importó porque ella había tenido éxito en conseguir lo
que siempre deseó ser: Un escritor profesional. Setenta
cinco libros más adelante, ella todavía piensa que su trabajo es el mejor del mundo.

Ha escrito romances históricos basados en la América
del Oeste salvaje, romances paranormales e incluso escribió un libro ambientado en la Inglaterra victoriana
con el que disfruto mucho escribiéndolo. Vive en California meridional con su familia y con su perro.

Pseudónimos: Ann Carberry, Kathleen Kane.

CAPÍTULO 01

—De ninguna manera. Lo siento, Travis, pero no puedo casarme contigo.

Julie O'Hara se apoyó en la cara interior de la puerta, que estaba cerrada.

Hablaba en voz alta, para que el hombre del otro lado la pudiera oír.

Y la oyó.

—Claro que puedes —afirmó con determinación férrea— Así que déjate de

histerismos y abre la puerta de una vez.
Julie echó la cabeza hacia atrás y miró el techo de vigas vistas. La luz del sol
entraba por las ventanas del fondo y proyectaba sombras en las paredes que
se parecían inquietantemente a los barrotes de una celda. Pero eso no
significaba nada, era una simple coincidencia. O tal vez no.
Estaba totalmente convencida de que aquella relación era un error grave.
Durante el mes anterior, sus dudas iniciales habían crecido hasta convertirse
en las enormes flores negras de un mal presentimiento.
—Travis, piénsalo con calma.
—No es momento de pensar nada, Julie —insistió. —Los invitados y el
sacerdote están esperando. Nos vamos a casar.
Julie sintió una punzada en el estómago, apretó los dientes y tomó aire para
intentar tranquilizarse, pero no lo consiguió. Se había metido en un buen lío.
Travis llamó a la puerta con los nudillos y ella miró a su alrededor e intentó
encontrar una vía de escape. Sin embargo, no había ninguna.
Estaba atrapada en la habitación de invitados de la mansión de Travis en los
viñedos King; una sala tan elegante y magnífica como el resto de la casa, y tan
alejada de su mundo que se sentía como una criada que hubiera entrado en el
dormitorio de su señora para probarse su ropa.

Pero no podía responsabilizar a nadie de su situación. Era culpa suya. Se había comportado como una idiota.

—Abre la puerta, Julie.

—Ver a la novia antes de la boda da mala suerte.

—No creo que eso importe mucho en nuestro caso. Abre de una vez...

La expresión de Travis le pareció muy adecuada. «Nuestro caso». Porque efectivamente, aquélla no era una boda como cualquier otra.

Pensó en lo sucedido un mes antes y recordó el principio de todo.

—Necesito una esposa y tú necesitas un futuro —le había dicho él— Es la solución perfecta.

Estaban en un apartado del restaurante Terri, en el centro de Birkfield, en California, Julie conocía el local tan bien que prácticamente se podía afirmar que había crecido en él; en una localidad tan pequeña, todo el mundo pasaba más tarde o más temprano por el restaurante. El primer chico con el que había salido la había llevado allí. Su primer desengaño amoroso se lo había curado con un helado de chocolate de allí. Y allí, por supuesto, le habían pedido matrimonio.

Al escuchar su propuesta, Julie había intentado ser sensata. A fin de cuentas,
Travis siempre había sido más irracional e impulsivo que ella, O casi siempre,
más bien, porque él no había cometido su error: casarse con alguien creyendo
que la amaba, y descubrir después que no la quería.
Pero eso era un motivo añadido para no actuar de forma impulsiva.
—Hay una solución más fácil, Travis. Búscate otro distribuidor para tus vinos.
Él sacudió la cabeza y un mechón de su cabello, de color castaño oscuro, le
cayó sobre la frente. Julie deseó extender la mano y apartárselo. Pero se
contuvo.
—No es posible. Thomas Henry es el mejor, y sabes de sobra que nunca me
conformo con menos —dijo.
Era verdad. Travis había crecido en el seno de una de las familias más ricas
y poderosas del Estado y se había acostumbrado a estar en la cresta de la ola,
a ser el número uno. Además, las bodegas King eran la niña de sus ojos; tras
heredarlas de su difunto padre, había dedicado mucho tiempo y esfuerzo a
conseguir que los vinos King se conocieran en toda California. Pero ya no se
contentaba con distribuirlos en la zona; quería extender el negocio al conjunto
de Estados Unidos e incluso empezar a exportar. Y Thomas Henry era la clave
de su estrategia.

—No tienes que casarte conmigo para llegar a él —alegó.
—No, eso cierto, también podría casarme con alguna de sus horrorosas hijas
—dijo con cara de disgusto. —Te lo he dicho mil veces Julie; ese tipo es un excéntrico. Es un multimillonario hecho a sí mismo y su único objetivo en esta vida es casar a sus hijas. Y como yo estoy soltero y soy rico...
Ella sonrió.
—No te puede obligar a que te cases. No estamos en la Edad Media.
Travis sonrió con ironía.
—Eso tendrías que decírselo a él; porque en lo tocante a sus hijas, se negará a distribuir mis vinos si las rechazo. Y no me puedo arriesgar. La bodega debe seguir adelante... lo único que necesito es una esposa temporal. Sí ya estoy casado, no podrá azuzarme a sus niñas.
—Pero, ¿por qué yo?
Travis volvió a sonreír. Y su sonrisa era devastadora.
Julie se había enamorado de ella y por supuesto de él cuando era una jovencita, pero ahora era inmune a sus encantos. Haber estado casada con un cretino le había enseñado unas cuantas cosas. Por mucho que le agradara aquella sonrisa, no iba a caer rendida a sus pies.
—Por dos razones —respondió. —En primer lugar, porque nos conocemos bien y sé que tú también lo necesitas. En segundo, porque confío en ti y sé que

cumplirás nuestro acuerdo y que no intentarás sacarme más dinero.
Julie sabía que Travis desconfiaba de la mayoría de las mujeres porque la
riqueza de los King atraía como un imán a las caza fortunas.
—Si me caso contigo, seré igual que las mujeres de las que huyes. Sería un
matrimonio por dinero —explicó.

—Sí, pero en mis términos.
Travis sonrió una vez más. Por lo visto, todo aquello le parecía divertido.
Pero ella no le encomiaba la gracia. No quería ser como esas aprovechadas
que le habían echado el ojo a su cuenta bancaria a lo largo de los años.
Gimió y probó su batido de chocolate. Cuando las cosas se ponían feas,
siempre tenía el chocolate.
—Ni quiero ni necesito un marido, Travis.
—Puede que no, pero necesitas el dinero para abrir la panadería de tus
sueños...
Julie lo odio por tener razón. Llevaba varios años trabajando a destajo y
ahorrando hasta la última moneda para poder abrir su panadería, pero los
bancos no le concedían los créditos necesarios y empezaba a sospechar que no

lo conseguiría nunca.
Sin embargo, eso no significaba que tuviera que casarse con él. Al fin y al cabo, ya lo había rechazado cuando le ofreció un préstamo.
Conocía a Travis desde niña. Su madre había sido La cocinera de los King hasta que se enamoró del jardinero, se casó con él y colgó el delantal. Julie y él habían sido amigos hasta el instituto, cuando empezó a escuchar comentarios poco elogiosos sobre la pobretona que salía con el niño rico. Su amistad se enfrió poco a poco y ya no estaban precisamente unidos, pero el recuerdo del pasado había sido suficiente para rechazar su préstamo. No quería mezclar los negocios con el placer.
—Sólo será un año —dijo él, dando golpecitos en la mesa. —Yo conseguiré la distribución para mis vinos y tú tendrás el dinero para tu panadería. Es perfecto para los dos.
—No sé qué decir...
Lo de casarse por dinero sólo era una de las preocupaciones de Julie. Había otra cuestión que la incomodaba todavía más.
—Cuando nuestro trato concluya—continuó ella —me habré divorciado dos veces.
—Ya, ¿pero cuánto duró tu primer matrimonio? ¿Dos semanas? Eso no cuenta... además, ¿a quién le importa eso?
—A mí.

—No veo por qué. Cometiste un error, comprendiste que aquello no funcionaba y te divorciaste... es perfectamente normal.

Julie sabía que era normal, pero no podía olvidar que Jean Claude la había abandonado y que había conseguido un divorcio rápido en un tribunal de México.

—Olvídalo de una vez y sigue con tu vida —le aconsejó Travis. —Además, ese tipo era francés, por Dios... Ella rió.

—Me ofrecía darle una lección y no quisiste... —continuó.

—Lo sé, Travis. Y te estoy muy agradecida por tu apoyo.

—Pues cásate con migo.

—¿Y qué diría tu familia? ¿Qué diría mi madre? No podemos casarnos de repente y darles una sorpresa así...

Travis soltó una carcajada.

—Vamos, Julie, lo entenderán de sobra. Les diremos la verdad. Además, ¿es que ya no te acuerdas del matrimonio de Adam y Gina? Mi idea no es muy original... ellos ya la pusieron en práctica.

Adam, el hermano de Travis, se había casado con su vecina Gina por motivos no exactamente románticos. Pero al final se habían

enamorado. Ella estaba
embarazada y él era el hombre más Feliz de la Tierra.
—Sí, pero...
—Los únicos que sabrán la verdad serán ellos —insistió, mirándola a los ojos.
—Nuestro matrimonio tiene que parecer real, Julie. Es preciso que Thomas
Henry lo crea. Tendremos que comportarnos como si fuéramos la pareja ideal...
pero podemos hacerlo. Y sólo será un año.
Un año. Todo un año con Travis.
Julie supo que su resistencia se estaba debilitando y empezó a imaginar su
panadería y su nombre en el letrero de la entrada.
Justo entonces, cayó en la cuenta de un detalle que no habían tratado.
—¿Y qué me dices de... ?
—¿De qué?
—Ya sabes... de...
—¿Sí?
—Del sexo.
—Ahh, eso...
Travis frunció el ceño durante unos segundos y luego sacudió la cabeza.
—No te preocupes. Nuestro matrimonio será puramente formal. Estoy seguro
de que podré resistirme a tus encantos. Te lo prometo.
—Gracias por el halago. Yo no me siento nada especial...
—Y sólo será un año —repitió otra vez. —No puede ser tan difícil.
Julie no se había planteado la posibilidad de volver a

casarse. Jean Claude la
había dejado más que escaldada con el matrimonio,
Pero aquello era diferente.
No se iba a casar por amor, no estaba encaprichada de nadie, era una simple y
pura cuestión de negocios. Y si estaba dispuesta a ello, mejor que fuera con un
amigo que no pedía casi nada a cambio y que la iba a ayudar a alcanzar sus
sueños.
—Bueno, ¿qué te parece?
Ella suspiró.
—Está bien. Sí, me casaré contigo.
Los recuerdos de aquella conversación se esfumaron poco a poco y Julie
volvió a estar en la habitación de imitados de la mansión, con su vestido de
novia de color perla, buscando una forma de huir.
—Abre la maldita puerta para que podamos hablar...
—insistió Travis.

Julie se miró un momento en el espejo y se apartó el velo de la cara;
después, tomó aliento y quitó el cerrojo. Travis entró un segundo después y
cerró la puerta a sus espaldas.
Estaba impresionante. Era el hombre que toda novia habría querido desear.
Llevaba un traje negro muy elegante, con camisa blanca y lazo rojo, y el

cabello perfectamente peinado.
La miró con sus ojos de color chocolate y dijo:
—Estás fabulosa...
—Gracias.
Julie había optado por un peinado alto del que caían unos cuantos mechones
que le acariciaban el cuello. El velo era largo, hasta los hombros; y el vestido,
sin mangas, se ajustaba a su cintura y tenía un escote bastante pronunciado.
Sabía que estaba muy guapa y le agradaba. Pero no se sentía una novia de
verdad.
—No creo que pueda hacerlo, Travis.
Ella se llevó una mano al cuerpo. Los nervios se le habían agarrado al
estómago.
Travis la tomó de los hombros.
—Claro que puedes hacerlo. El jardín está lleno de invitados, los músicos van
a empezar a tocar y los periodistas empiezan a ponerse nerviosos... uno de los
guardias de seguridad ha pillado a un fotógrafo cuando intentaba colarse en la
casa.
—Oh, Dios mío...
Travis siempre había atraído la atención de los paparazzi. Lo seguían a todas
partes y fotografiaban a todas las mujeres que aparecían con él. Pero hasta ese
momento, no se le había ocurrido pensar que ella también se iba a convertir en
un personaje público.
—Sólo estás nerviosa.

—Sí, y no sabes cuánto... —dijo, asintiendo.
Travis la miró a los ojos y afirmó: —Lo harás bien.
—Lo dudo... Tengo un mal presentimiento con nuestra boda, Travis. Es demasiado... más de lo que imaginé al principio. Aunque sólo sea un acuerdo temporal, no quiero volver a casarme con nadie.
El frunció el ceño.
—Si crees que puedes abandonar ahora, estás loca. La boda de un King es una gran noticia. Y sí me dejas plantado, será un escándalo impresionante.
—Bueno, pues déjame plantada tú —dijo, desesperada— No me importa, en serio. Les explicaré que has cambiado de opinión y que...
—¿Se puede saber qué te ocurre, Julie?
En lugar de contestar, Julie se puso muy erguida, cruzó la habitación, se acercó a la ventana y señaló el jardín. Doscientas personas estaban sentadas en sillas blancas, con un pasillo central para los novios. El sacerdote esperaba en un altar decorado con rosas de todos los colores y el cuarteto de violinistas

interpretaba música clásica, Al fondo, en la distancia, se veía el pabellón donde iban a dar la fiesta.
—Eso es lo que me pasa —dijo por fin. —No puedo

enfrentarme a toda esa
gente y mentir. Yo no sé mentir... lo sabes de sobra. Me lío, me empiezo a reír
y las cosas se ponen feas inevitablemente.
—Le estás dando demasiada importancia—dijo él, mientras avanzaba hacia
ella. —Piensa que es una obra de teatro. Somos dos actores que van a
interpretar un papel y que después van a disfrutar de una Fiesta. Nada más.
—Una obra de teatro —repitió. —Genial. No he participado en una obra de
teatro desde que tenía siete años, y creo recordar que entonces hice el papel
de fresa.
Travis suspiró.
—Julie...
—No, no —repitió ella. —No puedo hacerlo. Lo siento mucho, de verdad...
—Claro, como si sentirlo fuera suficiente.
—Te advertí que las mentiras no se me dan bien.
—Y firmaste un contrato —le recordó.
Era cierto. Julie había puesto su firma en un contrato redactado por uno de
los abogados de la familia King. Legalmente, estaba atrapada. Pero
emocionalmente, no había renunciado a la posibilidad de huir.
—No es una buena idea.
—Eso ya lo dijiste en su momento.
—Pues te lo repito.
—Mira, Julie... sea buena o mala idea, acordamos hacerlo. Así que toma tu
ramo de flores y salgamos de aquí. Nos están

esperando.
—Voy a vomitar...
Travis arqueó una ceja.
—Creo que eres la primera mujer que desea vomitar ante la perspectiva de casarse conmigo —declaró con humor.
—Siempre hay una primera vez para todo, Julie volvió a mirar por la ventana y sus ojos se clavaron como flechas en su padre y su madre. Ella parecía preocupada; agarraba su bolso nuevo como si la vida le fuera en ello. Y él estaba incómodo; no hacía más que llevarse la mano al cuello para aliviarse un poco la presión de la corbata.
Sabía que ninguno de los dos aprobaba lo que estaba haciendo, Pero estaban allí, con ella, apoyándola.
Su mirada pasó después a las dos primeras filas del otro lado, donde la familia King se había acomodado. Jackson, el más pequeño de los hermanos, estaba sentado junto a Gina, Adam permanecía de pie, esperando para ocupar su puesto como padrino. Y había primos y tíos por todas partes.
La estaban esperando.
—Piensa en el Futuro, Julie, en tu futuro. Dentro de un año tendrás tu panadería, yo habré cerrado ese acuerdo de distribución y las cosas volverán a

la normalidad—dijo él en un susurro.
Julie deseó creer las palabras de Travis, pero no conseguía olvidar su mal presentimiento. Sospechaba que la normalidad a la que se refería no sería exactamente como habían pensado.

CAPÍTULO 02

Travis se alegró de que la ceremonia fuera rápida. Lo pasó bastante mal mientras permaneció allí, de pie, agarrando a Julie de la mano y sintiendo sus temblores de nerviosismo. Pero fue peor al final, cuando ella tuvo que pronunciar sus votos y la voz se le quebró entre risitas.
Indudablemente, no sabía mentir.
Se miró el anillo de oro que llevaba en la mano, se lo frotó un momento e intentó resistirse a la impresión de que no era un anillo sino un lazo que lo ahogaba. Nunca se había comprometido en serio con nadie; había salido con muchas mujeres, pero a todas les entraban las ansias de casarse para echar mano a su fortuna y él se marchaba en busca de aires nuevos.
Sin embargo, no se podía quejar; la idea del matrimonio había sido suya, no de Julie.
—¿Te arrepientes?
Travis se giró y vio a su hermano Adam, que lo observaba con curiosidad. El

mayor de los hermanos King había cambiado mucho en los últimos meses.
Aunque su aspecto era el de siempre, su actitud había cambiado hasta el extremo de que su vida no giraba ya alrededor del rancho, sino de Gina y del bebé que esperaban.
—Ni mucho menos —respondió, sabiéndose mejor mentiroso que Julie. —Es una mujer maravillosa —comentó.
Los dos volvieron la mirada hacia ella. En ese momento estaba bailando con Jackson.
Travis alcanzó su copa de vino y echó un trago largo.
—Sí que lo es. Y sabía en lo que se metía, así que no la tomes conmigo.
Adam se encogió de hombros.
—Pero si no he dicho nada...
—Todavía.
—Está bien... sólo digo que Julie no es como las mujeres con las que habías salido antes. No tiene el corazón de piedra. Tendrás que tratarla con delicadeza.
Travis arqueó las cejas.
—Creo que éste es un momento adecuado para citar aquel refrán que dice: «cree el ladrón que todos son de su condición».
Adam echó un trago de champán y miró a su esposa, que estaba sentada con su familia,
—Exactamente. Travis. Cuando Gina y yo nos casamos, sólo era un negocio.

Igual que en vuestro caso. Pero...
—Hay una gran diferencia—lo interrumpió. —Gina te amaba. Llevaba toda la vida enamorada de ti, aunque no alcanzo a comprender por qué.
—Qué gracioso...
Travis se encogió de hombros.
—Con Julie es distinto. Sólo somos amigos. Ni siquiera se puede decir que seamos buenos amigos... es un negocio para los dos. Nada más.
—Ya.
—No insistas —le advirtió Travis, que apuró la copa y la dejó a un lado. —Nos divorciaremos dentro de un año y ése será el final.
—Ya lo veremos.
Travis miró a Adam y dijo con una sonrisa: —¿Se puede saber qué te pasa? Como te has enamorado, quieres que todo el mundo sienta lo mismo... pero olvídate. Yo no soy hombre de una sola mujer. Cuando nos divorciemos, volveré a mí monogamia... en serie.
La música cambió en ese momento y empezó a sonar un tema lento y romántico, lo cual atrajo a más personas a la pista de baile.
Adam sacudió la cabeza.
—No va a ser tan Fácil como crees, Travis. Pero ya lo descubrirás.

—Sí, supongo que sí.
Travis lo dijo sin sombra de duda. Estaba seguro de que su plan saldría tal
como lo había pensado.
—Bueno, voy a bailar con mi esposa... tal vez deberías hacer lo propio.
Cuando su hermano se alejó en dilección a Gina, Travis pensó en la palabra
«esposa». Porque ahora tenía una esposa. Y le resultó tan extraño como el
anillo de oro que le adornaba el dedo.
Se giró hacia la pista de baile y descubrió que un hombre alto, de cabello
rubio oscuro y bigote, se acercaba a Julie para pedirle que bailara con él.
Cuando lo vio, ella se quedó pálida, como si se hubiera llevado una gran
sorpresa. El rubio se inclinó, le susurró algo al oído y Julie pareció desinflarse
como un globo.
Travis avanzó hacia ellos tan rápidamente como pudo, apartando a la gente
o empujándolos a su paso.
El rubio parecía disfrutar mucho de la situación. Ella lo miraba como si
hubiera visto un fantasma.
—¿Te encuentras bien? —preguntó Travis.
—Oh, Dios mío...
Julie se llevó una mano a la boca, sin dejar de mirar al otro hombre.
Travis no entendía nada. Tensó que tal vez era un periodista o un Fotógrafo
que se había colado en la casa con intención de conseguir un reportaje, pero

no llevaba grabadora ni cámara fotográfica.
Instintivamente, se situó delante de Julie para protegerla del desconocido,
que lo miró con unos ojos azules de color pálido.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó en voz baja, para no
llamar la atención.
El rubio sonrió con ironía.
—Sólo he venido para felicitaros por la boda —dijo con marcado acento
francés.
Travis miró a Julie.
—Yo no lo sabía... te prometo que no lo sabía... —afirmó ella.
—¿Saber qué? —preguntó, girándose hacia el hombre. —¿Quién diablos eres
tú?
El rubio le ofreció la mano y rió.
—¿Que quién soy yo? Permíteme que me presente... soy Jean Claude
Doucette. Y tú debes de ser el hombre que se acaba de casar con mi esposa.
—Soy bígama —murmuró Julie.
A parecer, su mal presentimiento se había quedado corto. En comparación
con la situación que se había creado, su nerviosismo anterior había sido tan
poca cosa como pasar un día en Disneylandia.
Aquello era una pesadilla de la que no podía

despertar una pesadilla donde
sus dos maridos se miraban el uno al otro como perros de presa. Pero si
hubiera tenido que apostar por alguno, lo habría hecho por Travis. El francés,
que mantenía el aplomo, no era consciente del riesgo que corría.
—Sí, querida mía.
Jean Claude lo dijo con tranquilidad absoluta, tan seguro de sí mismo como
siempre. Llevaba el cabello, rubio, peinado hacia atrás, se había puesto un
traje gris con corbata del mismo color y en sus ojos azules se distinguía un
brillo de ironía. Parecía disfrutar de la situación.
Julie lo odió con toda su alma.
—Eres indiscutiblemente bígama —continuó el francés. —Y es una pena,
porque todo esto resulta muy embarazoso. Sobre todo para tu nuevo marido...
sí se hace público.
Ella pensó que tenía razón. La noticia de la boda llevaba un mes en las
portadas de la prensa del corazón, y si los periodistas llegaban a saber que
ahora estaba casada con dos hombres, el escándalo sería mayúsculo. Además,
Travis sufriría una humillación de la que no se recuperaría nunca y de paso
perdería el contrato de distribución con Thomas Henry.
Deseó que la tierra se la tragara; o mejor aún, que se tragara a Jean Claude.
Sí no hubiera sentido una debilidad tan intensa en las

piernas, se habría
acercado a él y lo habría abofeteado. Pero apenas se sostenía en pie, y lo único
que pudo hacer fue dedicarle un gesto de desagrado y sentarse.
Afortunadamente, estaban lejos de los invitados y no tenía que enfrentarse a
sus miradas de curiosidad. Habían dejado la Resta y se habían dirigido al
despacho de Travis, una sala cálida y agradable de paredes verdes, alfombras
peinas y multitud de estanterías llenas de libros.
Sin embargo, en ese momento no había ambiente alguno en el mundo que la

pudiera tranquilizar. Sentía pinchazos en el estómago y su corazón se había
desbocado.
Eran como tres náufragos abandonados a su suerte; y dos de ellos se
miraban como si quisieran matarse a golpes de salvavidas. La situación era tan
mala que Julie pensó que no podía empeorar. Pero por supuesto, podía.
—Creo que he visto a unos cuantos periodistas delante de la casa —comentó
Jean Claude. —Tal vez debería ir a buscarlos y tener unas palabras con alguno
de ellos.
Julie se estremeció.

—No vas a hablar con ningún periodista—afirmó Travis, rotundo.
—¿Pero no estamos en un país libre? —se burló Jean Claude.
—No para ti. Si hablas con los periodistas, mis abogados se lanzarán sobre ti
y te lo quitaran todo, excepto ese acento ridículo que tienes.
Jean Claude entrecerró los ojos con enfado, pero Julie pensó que en ese
sentido no podía competir con su enemigo. La ira emanaba del cuerpo de
Travis con tal fuerza que enrarecía el ambiente de la habitación,
—No estás en posición de exigirme nada—dijo el francés.
—Te recuerdo que estás en mí casa, y que puedo hacer lo que me venga en
gana contigo —observó Travis. —Pero quiero oír lo que tengas que decir.
Adelante.
El francés lo miró como si tuviera intención de discutir con él, pero al cabo
de un par de segundos se encogió de hombros.
—No hay mucho que contar. La encantadora Julie y yo no llegamos a
divorciarnos. Así que te has casado con una mujer casada, querido amigo.
Julie volvió a estremecerse. No podía creer lo que estaba pasando. Pero era
la verdad.
Podía oír la música y las voces apagadas de los invitados en la distancia.
Miró el anillo de oro que llevaba en la mano y se

preguntó por qué no habría
aparecido Jean Claude antes de la ceremonia,
—Yo no soy amigo tuyo —espetó Travis con voz amenazadora.
Julie tuvo la impresión de que Jean Claude iba a retroceder, asustado. Pero
en lugar de eso, alcanzó la copa de vino que se había servido y olió su
contenido.
—Tal vez no, pero yo soy la parte ofendida, *mon amie*—declaró el francés,
antes de echar un trago. —Eso no lo puedes negar.
—Lo único que no puedo negar es que estoy ante un estafador que pretende
extorsionarme —declaró Travis.
—¿Extorsionarte?
Jean Claude se acercó a Julie y le puso una mano en el hombro.
Ella se revolvió, se apartó de él y se levantó a pesar de la debilidad que
sentía. Pero consiguió sostenerse en pie. No iba a dar a Jean Claude la
satisfacción de caerse. Ya la había humillado demasiado,
—Sólo he venido a veros porque debía hacerlo. Es lo correcto —dijo Jean

Claude con una sonrisa.
—Sí, seguro que tus motivos son tan éticos —se burló Travis.

Julie lo miró en silencio, como queriendo decirle que ella no sabía nada de
aquello, que no tenía la culpa y que Jean Claude actuaba por su cuenta y
riesgo.
El recién llegado caminó por la habitación y observó los libros y un cuadro de
los viñedos de los King como si el enfado de Travis no lo incomodara en
absoluto. Y Julie supo que su tranquilidad no era fingida. Jean Claude era un
hombre decidido y con aplomo que sólo veía lo que quería ver.
—¿Por qué estás aquí, Jean Claude? —preguntó Julie. —Di la verdad.
Julie lo preguntó porque deseaba que se marchara de allí. Y la única forma
de conseguirlo era terminar lo que había empezado.
Jean Claude se giró hacia ella y le dedicó la sonrisa que se le dedica a una
niña demasiado pequeña para entender las cosas.
—¿Por qué? Eso está bien claro, querida...
Ella no se molestó en mirar a Travis; sabía lo que sentía en aquel instante
porque su tía todavía le llegaba en oleadas. En lugar de eso, se concentró en el
hombre que una vez le había prometido amor eterno y que ahora le parecía un
perfecto desconocido.
—Pero quiero escucharlo, Jean Claude. Suéltalo de una vez.
Jean Claude suspiró.
—Muy bien. Veréis... cuando leí en la prensa que mi dulce Julie se iba a casar

con un miembro de la poderosa familia King, supe que lo correcto sería
acercarme a veros.
Travis se acercó a Julie. Se cruzó de brazos y separó las piernas como si
estuviera preparándose para un combate.
—Comprendo. ¿Y por qué has esperado hasta después de la boda para
decirnos lo que pasaba? —preguntó.
Jean Claude sonrió.
—Porque hablar antes de tiempo podría haber alertado a la prensa. Y estoy
seguro de que eso no te gustaría nada.
La prensa. Julie imaginó los titulares de los periódicos si llegaban a saberlo:
Multimillonario vinícola se casa con una bígama. O tal vez, *La reina le toma el
pelo al rey de los vinos*.
Sintió un intenso frío interior, Pero Jean Claude sólo podía tener un motivo
para haber esperado a que se casaran; quería extorsionarlos.
Travis miró al francés de los pies a la cabeza; y acto seguido, se giró hacía
ella para dedicarle la misma expresión de desprecio. Pero Julie sacó fuerzas de
flaqueza y consiguió expresar el disgusto que sentía.
—Yo no tengo nada que ver con esto —le aseguró, mirándolo a los ojos. —
Travis, no puedes creer de verdad que yo animaría a Jean Claude en una cosa
así... Sabes lo que me hizo. Me conoces y sabes lo que siento...
—Ah, *chérie*... —murmuró Jean Claude. —Ni tienes

por qué darle

explicaciones ni lo que pasó entre nosotros es asunto suyo. Al fin y al cabo eres
mía. Eres mi esposa.
—¿Cómo te atreves... ?
Julie miró al hombre rubio que una vez había conquistado su corazón y se
preguntó qué diablos habría visto en él. Sólo era un miserable y despreciable
estafador que carecía de escrúpulos.
Un canalla que parecía muy contento de sí mismo.
—Ya basta —intervino Travis. —Déjate de tonterías. Pierre...
—Me llamo Jean Claude, no Pierre —puntualizó.
—Eso da igual. ¿Qué quieres exactamente?
Jean Claude sonrió. —Oh, poca cosa —declaró, encogiéndose de hombros. —
Sólo lo que merezco en calidad de esposo abandonado.
—¿Abandonado? —preguntó Julie con verdadera furia. —Es increíble que te
atrevas a tanto... eres peor que una serpiente. Yo no te abandoné. Por si no lo
recuerdas, fuiste tú quien me abandonaste a mí. Dijiste que te marchabas a
México a conseguir un divorcio rápido y me escribiste una carta, un mes
después, para decirme que ya estaba hecho, que ya te habías librado de mí.

Así que deja de...
—Tranquilízate, cariño—la interrumpió Jean Claude, con ojos llenos de ironía
— Es evidente que estás un poco alterada.
—¿Alterada? ¿Alterada yo?
Julie estaba tan tensa que le habría saltado a la cara si Travis no la hubiera
agarrado de los brazos para impedírselo.
—¿Te envió una copia del acta de divorcio? —preguntó Travis.
Julie sacudió la cabeza, tan enfadada con ella misma como con Jean Claude,
Se había comportado de un modo increíblemente estúpido. No sólo se había
casado con él, sino que además había cometido el error de permitir que él se
encargara del proceso de divorcio y ni siquiera se había asegurado de ello. Su
única excusa era que, por entonces, estaba destrozada. Tan hundida que no
podía pensar con claridad.
—No, me dijo que me la enviaría, pero no lo hizo.
Ella miró a Jean Claude con verdadero odio.
—Y tú confiaste en él.
—Sí. Me temo que sí.
Travis le soltó los brazos y Julie notó que sus ojos todavía ardían de ira. Era
obvio que estaba haciendo un esfuerzo por contenerse y no dar una lección al
francés.
—Bueno, ya hablaremos de eso más tarde —dijo él, antes de girarse hacia
Jean Claude. —¿Cuánto quieres?
—No lo plantees de un modo tan brusco.

—Es que yo soy brusco —se burló Travis. —Venga, dejémonos de estupideces. ¿Cuánto quieres por mantener la boca cerrada?

Jean Claude asintió.

—Muy bien, como tú quieras—dijo tranquilamente. —Veamos... creo que cien mil dólares bastarían para que no hable con la prensa.

—¿Cien mil dólares? —preguntó Julie, asombrada. —Travis, no le des ni un solo dólar. No puedes hacerlo, no debes... eso es extorsión.

—¿Extorsión? No, sólo es pagar a cambio de librarse de un problema —dijo Jean Claude.

—Tú no te metas —espetó Julie.

—Déjame esto a mí —dijo Travis,

—No, de eso nada. Jean Claude no se detendrá... si le das los cien mil dólares que pide, no tardará en pedirte otros cien mil.

Julie se aferró al brazo de su segundo esposo, pero Travis se apartó y se alejó en dirección a la mesa del despacho. Una vez allí, abrió un cajón, sacó una chequera y miró al otro hombre.

—Está bien, tendrás tus cien mil dólares. Pero si a pesar de ello se te ocurre hablar con la prensa, acabaré contigo —afirmó.

Jean Claude sonrió con alegría.
—¿Por qué razón querría matar la gallina de los huevos de oro, *mon ami*? No, ni mucho menos. Nuestro secreto estará a salvo conmigo. Te lo aseguro.
Travis alcanzó un bolígrafo, apuntó la cifra convenida y firmó. Después, cruzó la habitación, dobló el cheque y se lo introdujo a Jean Claude en el bolsillo exterior de la chaqueta. El francés alzó una mano y se dio una palmadita en el mismo lugar, como para asegurarse de que su dinero estaba efectivamente allí.
—No te equivoques conmigo, Pierre —dijo Travis, acercándose tanto a su cara que Jean Claude tuvo que retroceder. —Si abres la boca y se te ocurre decir algo, te arrepentirás hasta el fin de tus días.
—Descuida.
Jean Claude se giró y caminó hasta la salida. Pero al llegar a la puerta, miró a Julie y dijo: —Ah, olvidaba lo más importante...
—¿A qué te refieres?
—A que estás preciosa con el vestido de novia.
Julie no pudo soportar su ironía.
—¡Márchate de aquí! ¡Y no vuelvas!
El francés volvió a sonreír, abrió la puerta y se marchó.
Pasaron varios segundos antes de que Julie se atreviera a mirar a Travis. Lo conocía desde la infancia, pero en ese momento no tenía la menor idea de qué expresión encontraría en su cara.

Cuando por fin se atrevió a mirarlo, se encontró ante una máscara dura y fría
que ocultaba sus sentimientos. Y el frío que había sentido en su interior se
convirtió de repente en hielo puro.
—Volvamos a la fiesta —dijo él.
—¿Hablas en serio?
—Por supuesto que hablo en serio —espetó. —Y tú te vas a dedicar a bailar y

a reír y a sonreír a todo el mundo como si fuera el día más feliz de tu vida y no
unieras la menor preocupación. ¿Lo has entendido?
—No creo que pueda. Estoy tan enfadada que...
—¿Que tú estás enfadada?
Travis soltó una carcajada que carecía totalmente de humor
—Acabo de descubrir que mi flamante esposa ya tenía un marido. Y no uno
cualquiera, sino un canalla que se dedica a extorsionar a la gen te —continuó
él. —¿Cómo te atreves a decirme que estás enfadada, como si eso lo arreglara
todo? Si no fueras una mujer, tendríamos algo más que palabras.
Julie pensó que era sincero. Notaba su rabia y su impotencia y sabía cómo se
sentía. Pero Jean Claude no había abusado únicamente de él, sino también de
ella.

—Yo no sabía nada, Travis...
Travis la tomó del brazo y la llevó hacía la puerta,
—Hablaremos más tarde. Ahora vamos a volver a la Fiesta. Sonreiremos a
los fotógrafos, bailaremos, comeremos tarta y no permitiremos que nadie
sospeche que ocurre algo fuera de lo normal. ¿Entendido?
—Entendido —dijo ella. —Más actuación...
—Exacto.
Julie pensó que no iba a ser fácil. Pero si tomaba suficiente vino, tal vez fuera
posible.
—Como quieras. ¿Pero qué haremos después?
Ella miró los ojos marrones de Travis, que le parecieron tan vacíos y fríos
como un pozo abandonado.
—Cuando termine la fiesta, nos marcharemos a México. Luego
conseguiremos el divorcio que Jean Claude no te concedió y podremos
casarnos otra vez.

CAPÍTULO 03

Travis comprobó la hora por enésima vez durante los últimos minutos y miró
a sus hermanos. Adam y Jackson estaban de pie, hombro contra hombro, y
eran tan parecidos que podrían haber sido gemelos; pero esa característica era
aplicable a los tres.
Con sólo un año de separación entre ellos, habían crecido muy unidos y lo
estaban cada día más. Los hermanos King eran un solo hombre en casi todo,

hasta el punto de que no tenían secretos entre ellos; por ejemplo, ni siquiera
tenían que mirarse a los ojos para saber que pasaba algo raro.
—Darleen, la gerente de la bodega, sabrá cuidar del negocio durante mi
ausencia—dijo Travis, echando un vistazo a su alrededor.
La fiesta de la boda había terminado, los invitados se habían ido y los
empleados estaban limpiando el jardín, retirando las sillas blancas y los
macizos de flores, guardando la cubertería y llevándose la comida que había

sobrado.
Travis todavía estaba enfadado. Se suponía que aquél iba a ser un día de
felicidad y de celebración que serviría para acercarlo más a su sueño de
expandir el negocio de la bodega. Pero el sueño se había convertido en una
pesadilla.
Sacudió la cabeza e intentó concentrarse en el asunto.
—Pero si necesita ayuda...—continuó.
—No te preocupes, le echaremos una mano —intervino Jackson— Bueno, o
más bien se la echará Adam. Yo estoy a punto de marcharme a París y no

puedo suspender el viaje.
Jackson dirigía la pequeña compañía aérea de la familia, que además de
organizar vuelos a distintos lugares del mundo, alquilaba aviones a ricos y
poderosos. Tenían muchos y muy experimentados pilotos, pero de vez en
cuando pilotaba en persona. Le gustaba volar e ir de un sitio a otro. Era el
trabajo perfecto para él.
—Y después de París, voy a Suiza —añadió Jackson. —Estaré fuera tres
semanas, de modo que tendrá que ser Adam quien la ayude.
—Eso no será un problema —dijo Adam— No pienso moverme de aquí.
—Claro que no —afirmó Jackson entre risitas—Tengo entendido que nunca te
alejas más de dos metros de tu esposa. Gina dice que la miras como si llevara
una granada de mano a punto de estallar.
Adam miró al menor de los tres con cara de pocos amigos.
—Ya hablaremos si alguna vez te encuentras en la misma situación que yo.
Gina está embarazada. Es lógico que me preocupe por ella.
Jackson dio una palmadita en la espalda a Adam.
—Descuida, yo nunca me encontraré en tu situación —afirmó antes de
girarse hacia Travis. —¿Dónde has dicho que os vais de luna de miel?
—No lo he dicho —respondió Travis, —pero nos vamos a México.

—¿A México? —preguntó Adam. —Julie le dijo a Gina que os ibais a Fiji...
—Pero hemos cambiado de idea.
Travis se encogió de hombros para dar la impresión de que aquello no tenía
importancia. Ni quería involucrar a sus hermanos en el asunto de Jean Claude
ni tenía tiempo para explicarles lo sucedido.
Volvió a mirar el reloj y se preguntó cómo podía tardar Julie tanto tiempo en
cambiarse de ropa.
—¿Tiene esto algo que ver con el francés que se ha presentado en la fiesta?
—preguntó Jackson, metiéndose las manos en los bolsillos.
—Julie no parecía precisamente contenta de verlo —intervino Adam— ¿Es el
hombre con el que estuvo casada?
Travis maldijo en voz baja. Esperaba mantener el problema en secreto y
evitar que alguien supiera que los estaban extorsionando; sobre todo, sus
hermanos. Los King no eran gentes que se dejaran pisotear. Ni él mismo se
habría prestado a seguirle el juego a Jean Claude si no hubiera tenido la

intención de ganar tiempo.
—¿Siempre tenéis que ser tan observadores?
Jackson lo miró con desconfianza, como si intuyera

que algo iba mal, y dijo:
—Yo ni siquiera me había dado cuenta hasta que Nathan me lo comentó.
—Maldita sea...
La situación era peor de lo que Travis había imaginado. Esperaba que el
resto de sus familiares no se hubiera dado cuenta, pero su familia era
demasiado grande para eso. Su padre tenía cuatro hermanos y cada uno de
ellos había salido a tres hijos por barba. Todos dirigían alguna de las empresas
de los King. Y eran tantos, que casi no se podía tirar una piedra en California
sin dar a uno de sus primos.
Nathan se encargaba de la división Familiar de ordenadores. Lo había hecho
tan bien que los PC King se estaban quedando con gran parte del mercado.
—¿Ah, sí? ¿Y qué te ha dicho?
Jackson se apartó para dejar pasar a los empleados que se llevaban la
cafetera industrial.
—No mucho. Sólo que Julie tenía aspecto de estar enferma y que tú parecías
a punto de estallar. Pero yo estoy tan acostumbrado a ver esa expresión en tu
cara que francamente ni me habría dado cuenta…
—Gracias por el comentario, hermanito —dijo Travis con ironía— Pero dime...
¿le ha contado eso a alguien más?
—Que yo sepa, no, Pero espera... Garret y Griffin también estaban presentes,
así que se habrán dado cuenta de que estabas

enfadado —contestó. —Sin
embargo, yo no me preocuparía. Siempre estas enfadado por algo, querido
hermano.
Travis pensó que tenía razón; pero aquello era diferente, y al parecer, Adam
se había dado cuenta.
Su hermano mayor hizo un gesto con la cabeza para que se alejaran de los
empleados que estaban limpiando la zona. Adam no volvió a hablar hasta que
los tres se encontraron a la sombra de la mansión, entre unos arbustos.
—¿Qué ocurre, Travis? ¿Quién era ese tipo? ¿Y qué tiene que ver contigo y
con Julie?
—Era un fastidio, nada más.
A Travis se le erizó el vello de la nuca. Sus planes estaban a punto de irse al
traste por culpa de un canalla ambicioso, y estaba tan enfadado que sintió la
necesidad de gritar o de pegarle un puñetazo a algo.
—¿Podrías darnos más detalles? —preguntó Jackson.
Travis lo miró.
—Me temo que no.
—Vamos, hombre —insistió Adam.
Adam suspiró.
—Está bien. Se llama Jean Claude Doucette.
Adam soltó un silbido.

—Vaya, así que yo tenía razón... es el ex marido de Julie.
—¿Y qué diablos estaba haciendo en la boda? —murmuró Jackson.
Los tres hermanos estaban bastante lejos de los empleados, que además
estaban a sus cosas y no les prestaban atención. Pero a pesar de ello, Travis
contestó en voz baja.
—Ha pasado de visita porque no es exactamente su... ex marido.
—Explícate —dijo Adam.
Travis se lo explicó. Sus dos hermanos se intercambiaron miradas de
asombro y luego lo miraron a él. No tuvo más remedio que contarles lo
sucedido. Y lejos de sentirse mejor, su enfado creció por momentos.
—¿Has pagado a ese cerdo? —preguntó Jackson. —¿Es que te has vuelto
loco?
—Tenía que hacerlo. No quedaba otro remedio.
—Siempre hay una solución, Travis —dijo Jackson, sacudiendo la cabeza. —
¿Oyes eso? ¿Esa especie de ruido sordo? Pues es el ruido que hace nuestro
padre al revolverse en la tumba.
Travis asintió.
—Siempre eres de gran ayuda. Gracias —dijo con ironía.
—No lo entiendo —intervino Adam. —Tú nunca habrías pagado a un
extorsionador... habrías llamado a la policía.
—Oh, claro, qué gran idea. Podría haber llamado a la

policía para que se
presentaran en mitad de la boda. De ese modo, la noticia aparecería en todos
los periódicos del país —les recordó.
Travis lamentó haber dejado de fumar. En ese momento le habría venido
magníficamente bien un cigarrillo.
—Pero ahora querrá más dinero —afirmó Adam.
—¿Y crees que no lo sé?
Travis miró hacia la zona del jardín donde se había celebrado la fiesta.
Todavía quedaba una mesa solitaria, y el viento arrastraba una servilleta de
tela por el césped. El sol descendía poco a poco en el horizonte, trazando
pinceladas de color rojizo en las nubes plateadas. Y él lo observó todo en un
vano intento por tranquilizarse y olvidar por un momento lo sucedido.
Después, se giró hacia su hermano mayor y dijo: —He pagado porque
necesitaba ganar tiempo. Nos vamos a México para conseguir el divorcio y
casarnos otra vez. Ya me encargaré de ese gusano a la vuelta.
—¿Y qué quieres que hagamos nosotros? —preguntó Adam.
Travis se alegró de tener la Familia que tenía. Discutían con él y le llevaban
la contraria cuando pensaban que no tenía razón, pero estaban a su lado
siempre que los necesitaba, en cualquier circunstancia.
—Que lo vigiléis. Averiguad dónde va y a quién ve.

Había dado muchas vueltas al asumo durante las dos últimas horas. Lo había pensado mientras cortaban la tarta de boda e incluso cuando abrió el baile posterior en compañía de Julie. Había considerado la posibilidad de contratar a

un detective privado, pero aquella solución era más conveniente. Sus hermanos no lo traicionarían. Y cuantas menos personas estuvieran al tanto, mejor que mejor.

Volvió a mirar la hora y se dijo que tenían que marcharse.

—Investigad el pasado de ese francés —continuó. —No me importa lo que hagáis para conseguirlo, pero quiero información. Sospecho que no es la primera vez que se mete en un asunto como éste.

—¿Cómo?—preguntó Jackson, extrañado. —¿Insinúas que se dedica a casarse con mujeres para extorsionarlas después? Hay formas más sencillas de vivir. Incluso si eres un vulgar delincuente.

—Dudo que se haya especializado en bodas, pero estoy seguro de que ya ha extorsionado a otros. Es frío y tiene aplomo. Yo diría que tiene experiencia en esto.

—Muy bien, lo haremos —dijo Adam, mirando hacia

la casa. —¿Pero qué
pasa con Julie?
Travis se quedó helado.
—¿Qué quieres decir?
—¿Crees que ella estaba en el ajo?
Travis se giró para mirar hacia la ventana del dormitorio, donde Julie se
estaba cambiando de ropa.
—Me gustaría saberlo, pero no lo sé —contestó. —Puede que esté
conchabada con él y puede que no. En cualquier caso, lo averiguaré.
—Esto no me gusta nada en absoluto.
—Lo sé, mamá—dijo Julie, mientras intentaba arreglarse su rebelde
cabellera.
Volvió a mirarse en el espejo de la habitación y pensó que, a pesar de todo
lo que había pasado, su aspecto era razonablemente bueno. Su pelo rojo había
visto días mejores, pero el vestido, verde y sin mangas, era precioso.
Frunció el ceño e intentó subirse un poco el escote, sin éxito. Le parecía
demasiado provocador para la ocasión. Sin embargo, ya no tenía tiempo para
cambiarse otra vez de ropa, Travis la estaba esperando y no le gustaba que lo
hicieran esperar.
—¿Qué hacía Jean Claude aquí? —preguntó su madre con desconfianza.
Julie miró a su madre, que estaba sentada en la cama, y estuvo a punto de
confesarle la verdad. Pero no habría servido de nada.

La preocuparía sin
necesidad y no arreglaría ningún problema con ello.
Prefería ahorrarle el disgusto.
—Ha venido a desearme suerte—mintió, con una sonrisa forzada.
—¿A desearte suerte?
Su madre no la creyó, pero optó por no discutir. Julie se giró hacía ella.
—Mira, mamá... Sé que no apruebas mi matrimonio con Travis y que...
—Yo no tengo nada contra él —la interrumpió de forma brusca. —Lo sabes

de sobra. Los chicos de los King siempre han tenido buen corazón.
—Entonces, ¿por qué te preocupas tanto? Estaré bien, descuida.
El intento tranquilizador de Julie no sirvió de nada. Su madre no había
terminado de hablar
—Sé que los dos os llevabais bien de niños, pero la gente cambia y...
—Mamá, eso fue hace mucho tiempo.
La memoria de Julie la llevó al pasado. De repente, Travis y ella eran niños
que se colaban en el granero para dar manzanas a las caballos, que se
escondían de Jackson cuando quería jugar con ellos y que seguían a Adam por
todas partes hasta que se cansaba y los perseguía.

Habían sido grandes amigos, Pero en la infancia.
—Ahora somos dos adultos y sabemos lo que estamos haciendo —continuó.
—Pero casarte con un hombre a quien no amas y permitir que te pague por ello es...
—Dicho así, suena realmente mal —ironizó.
Su madre la tomó de la mano.
—Es que está mal, hija —dijo. —Ya has sufrido una experiencia desagradable con el matrimonio. Y no quiero que tengas más. Quiero que ames y que te amen.
Julie suspiró. No era La primera vez que mantenían aquella conversación.
—Bueno, puede que algún día me suceda... pero esto no tiene nada que ver con el amor. Travis necesitaba una esposa y yo quiero mi panadería. Es un simple y puro acuerdo de negocios.
—Hum...
Su madre frunció el ceño con desaprobación y Julie supo que Mary O'Hara no aprobaría nunca su boda. Pero ya daba igual, O tal vez no: si seguía casada con Jean Claude, no podía estarlo con Travis.
Era una situación desesperante.
—Mamá, tengo que marcharme. Travis me está esperando.
Su madre le dio un fuerte abrazo y la besó en las mejillas. Después, tomó su cara entre las manos y dijo:
—No permitas que te vuelvan a hacer daño. Si te rompen el corazón otra

vez, no estoy segura de poder soportarlo, cariño.

Julie tampoco quería que le rompieran el corazón. Por miserable que fuera Jean Claude, al principio había estado enamorada apasionadamente de él. Y cuando la abandonó, su dolor fue inmenso, terrible.

No quería pasar otra vez por aquella experiencia. Pero eso era lo mejor de su relación con Travis. Ni él ni ella pretendían llegar más lejos.

Julie se alejó de su madre y caminó hacia la puerta. Ya habían bajado las maletas al coche, de modo que lo único que tuvo que cargar fue su bolso verde.

Los zapatos de tacón que llevaba se hundieron en la ancha moqueta de la habitación. Notó que el pomo de la puerta estaba frío.

—Mamá...

Se giró hacia ella e intentó no fijarse en el dolor de su mirada.

—No me harán daño, te lo prometo—dijo. —Éste no es un matrimonio por amor. Recuérdalo. No es más que un negocio.

Travis apenas abrió la boca durante la primera hora del viaje a La Riviera, en México. A Julie no le extrañó, aunque habría preferido que se mostrara más

comunicativo con ella. Estaba encerrado en sí mismo, tenso. Quizás fuera
mejor así.
La azafata del avión privado, que llevaba una falda azul marino y una camisa
blanca de manga corta, apareció por el pasillo y le ofreció una copa. Tras un
momento de duda, Julie pidió una margarita. Necesitaba algo fuerte, algo que
la adormeciera un poco. El día había sido muy duro.
La azafata le sirvió la bebida y desapareció en la cabina de mando, dejando
a los recién casados a solas.
Echó un trago, miró a su alrededor y se recostó en el comodísimo sofá. Era
de color azul pálido, como la moqueta y las sillas. En el fondo del avión había
un dormitorio con una cama de matrimonio y un cuarto de baño tan grande
que, en comparación, el piso de Julie habría parecido un armario.
También había una cocina pequeña. Y cuadros y flores por todas partes,
además de una pantalla de plasma.
En otras circunstancias le habría parecido un lugar ideal, incluso romántico.
Pero el silencio absoluto, sólo roto por el sonido de fondo de los motores,
terminó por sacarla de quicio.
Miró a su marido, que se había sentado en la parte delantera. Tenía las
piernas estiradas y cruzadas la una sobre la otra. Durante la última hora no
había cambiado ni una sola vez de posición. Sólo

había movido el brazo, y sólo
para alcanzar un vaso de whisky y llevárselo a la boca.
Echó otro trago de margarita, sacó fuerzas de flaqueza y preguntó:
—¿Vas a estar callado todo el tiempo o esto sólo es temporal?
Travis giró lentamente la cabeza, y luego la butaca, para mirarla de frente.
Sus ojos marrones se entrecerraron.
—¿De qué quieres hablar?
Julie pensó que era una buena pregunta. Desde luego, no quería pensar ni
mucho menos hablar sobre Jean Claude; sabía que más tarde o más temprano
tendrían que hacerlo, pero quería tener unas horas de tranquilidad. Tampoco
quería hablar del dinero que le habían pagado; cada vez que se acordaba, se
enfadaba tanto que perdía los estribos. Y definitivamente, no quería hablar de
su matrimonio: en primer lugar, porque Jean Claude los había humillado en
público; y en segundo, porque en tales circunstancias, su matrimonio con
Travis era ilegal.
No se le ocurrió nada, así que al final dijo:
—Bonito avión...
Él sacudió la cabeza y echó otro trago de whisky.

—Gracias.
Pero Julie no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente. Ya había logrado
que abriera la boca y quería animarlo a seguir Además, no se sentía muy
segura en los aviones. En general se concentraba en el trabajo para no pensar
en el asunto; pero allí, a solas con él, no tenía nada que hacer.
—Es la primera vez que viajo en un avión y no estoy encajonada entre dos
tipos. Esto es mucho más agradable —declaró.
Travis miró a su alrededor y se encogió de hombros.
—Hace tanto tiempo que no tomo un vuelo comercial que los he olvidado...
Aquello era todo un triunfo. Había pronunciado más de dos palabras
seguidas.
—Pues no te pierdes nada. Créeme.
Él la volvió a mirar.
—Bueno, supongo que ésa es precisamente la cuestión, Julie —declaró sin
ningún cariño en sus ojos. —Que no sé si puedo. Creerte, quiero decir.

CAPÍTULO 04

El viaje al hotel fue bastarte silencioso, Travis prefirió guardarse sus
pensamientos, lo cual resultó oportuno porque eran tan oscuros que habrían
provocado nubes de tormenta en el interior de la limusina.
Julie estaba sentada a su lado, pero tan lejos que parecían ir en coches
diferentes. Travis podía notar su tensión, aunque no

hizo nada para
tranquilizarla. Al fin y al cabo, se merecía eso y más.
No viajaban a México ni
se disponían a limpiar su pasado por capricho de él.
Era consecuencia de los
errores que Julie había cometido.
Cerró los ojos y volvió a pensar en lo que pasaría sí la prensa llegaba a
enterarse. El apellido King saldría tan mal parado como sus sueños de llevar la
empresa al resto del país y del mundo.
Simplemente, no podía permitirlo.
Había trabajado demasiado y demasiado duro para permitir que un francés
avaricioso lo echara todo por tierra.
Echó un vistazo a la mujer que estaba a su lado y notó que estaba
contemplando el paisaje por la ventanilla como si fue ni una niña en el circo,
disfrutando de todo a pesar de su evidente ansiedad. Las calles de Cancún
quedaban atrás en un borrón de colores, oscurecido por el tono oscuro de tos
cristales ahumados. Pero el no necesitaba mirar para saber dónde estaba. Ya
conocía aquel lugar. Había estado tantas veces que no le llamaba la atención.
Recordó las palabras que le había dicho unos minutos antes y el gesto de
dolor de su mirada. Sin embargo. Travis no le pidió perdón. Sólo había dicho la
verdad al confesarle que no sabía si podía creer en ella. Resultaba bastante
sospechoso que se hubiera prestado a casarse con el

por dinero y que el día de
la boda apareciera su supuesto ex marido para decir
que seguían casados.

Pero no tenía sentido, era ilógico. El acuerdo al que
habían llegado era muy
beneficioso para ella. Al final se llevaría mucho más
que los cien mil dólares
que le había pagado a Jean Claude.
Arriesgarse a perder su panadería era absurdo.
—Es un lugar precioso—dijo ella de repente.
—Supongo que sí.
Travis no dijo nada más, y Julie se giró hacia él con
gesto de desesperación.
—Travis, no soy tu enemigo.
—Eso todavía tenemos que averiguarlo, ¿no te
parece?
—Sí, está visto que sí —respondió, cruzándose de
brazos. —Pero yo no te he
mentido nunca, en toda mi vida.
—Ya.
—Es cierto, maldita sea... nos conocemos desde
niños y sabes que es cierto.
¿De verdad crees que te he tendido una trampa con
Jean Claude?
Travis intentó apartar la vista de las piernas de Julie.
Estaba tan nerviosa que
las cruzaba y descruzaba constantemente, lo cual no
contribuía demasiado a
su paz mental.

—No nos conocemos. Nos conocíamos, que es distinto —puntualizó.
—No consigo quitarme una idea de la cabeza... en el fondo, deseas que te
haya traicionado con Jean Claude. Es ridículo que creas las mentiras de un
hombre al que acabas de conocer y en cambio dudes de mi palabra.
—¿Por qué iba a mentir tu amigo?
—Vamos, Travis... es un delincuente.
—Precisamente por eso. No gana nada mintiendo. Se habría salido con la
suya de todas formas —afirmó, mirándola con ira.
—Porque es un canalla y quería sacarme de quicio a mí y ponerte furioso a ti.
Julie cruzó los brazos por debajo de los senos, que de repente ascendieron
varios centímetros, y Travis apartó la mirada de sus piernas y la dirigió al
generoso escote. Fue tan evidente que ella se sintió incómoda y volvió a
cambiar de posición.
—No lo sé. Dudo que se hubiera tomado tantas molestias.
—¿Tantas molestias? Pero sí no le ha costado nada... le han bastado un par
de insinuaciones para convertirte en un grosero.
—¿Te atreves a llamarme grosero? Yo diría que he sido bastante educado,
teniendo en cuenta las circunstancias —afirmó con energía— Al fin y al cabo
estamos aquí, en México... intentando conseguirte el divorcio a ti para que
podamos casarnos otra vez y volver a nuestro

acuerdo anterior.
—Eso es verdad. Y debo decir que hasta ahora has sido un compañero de viaje excelente —ironizó ella.
Travis no podía creerlo. Con todos los problemas que tenían, a Julie no se le ocurría otra cosa que protestar por su actitud distante durante el viaje. Era verdaderamente absurdo.
Pero la pequeña discusión terminó pocos minutos después, cuando la

limusina entró en el vado del hotel Castillo de los King, un establecimiento que pertenecía a su familia y que en consecuencia podría ofrecerles la discreción que necesitaban.
Era un edificio enorme, que ocupaba toda una manzana. La fachada, llena de balcones y de color rosa pálido, parecía brillar bajo el sol de la tarde. Tenía más de cien años y originalmente había pertenecido a un hombre de negocios de Estados Unidos que lo usaba como residencia. Los King lo habían adquirido unas décadas después y lo habían convertido en hotel. Pero su fama era relativamente reciente; los ricos y famosos no lo habían descubierto hasta unos años antes.

A Travis siempre le había gustado. Y como su primo Rico era su dueño y gerente, tenía la costumbre de pasar las vacaciones en él.
Los turistas que llenaban el vado se apartaron al paso del vehículo. Travis se preguntó qué pensaría Julie al ver el hotel por primera vez y se recordó a sí mismo en la misma situación. El jardín delantero era enorme, con una fuente circular en el vado y flores tropicales de todos los colores imaginables. En la entrada del establecimiento esperaba un portero, vestido totalmente de blanco, que se encargaba de recibir a los visitantes.
Casi pudo sentir los objetivos de los paparazzi que estaban en la acera de la calle, delante del hotel. Era evidente que querían alguna fotografía suya, pero los guardias de seguridad los habían obligado a permanecer fuera. Ése era uno de los motivos por los que el Castillo de los King era tan popular entre los ricos y poderosos; la dirección sabía proteger a sus clientes.
La limusina se detuvo. Antes de que Travis pudiera salir, un mozo se acercó y abrió la portezuela del lado de Julie. Ella salió y echó una mirada de admiración a su alrededor.
En sus ojos había un brillo de asombro, como el de un niño que viera por primera vez un parque de atracciones. Travis pensó que los paparazzi

conseguirían unos planos excelentes desde la calle. Pero eso no tenía ninguna importancia; a no ser que a algún periodista se le ocurriera investigar el pasado de Julie y descubriera la verdad.

—Me alegro de tenerlo otra vez con nosotros, señor King —dijo el portero, de cabello blanco, tez morena y ojos verdes.

Travis asintió. Iba con tanta frecuencia al lugar que conocía personalmente a todos sus empleados.

—Yo también me alegro de verlo, Esteban. ¿Está mi primo?

Travis lo preguntó por preguntar, porque sabía que Rico estaría en el hotel.

No lo dejaba nunca desde que lo había convertido en uno de los centros vacacionales más deseados del mundo.

—Sí. ¿Quiere que lo llame?

—No, no es necesario. Pero gracias de todas formas.

Travis se dijo que iría a ver a Rico cuando Julie y él hubieran dejado el equipaje en uno de los áticos que reservaban para la familia.

—Hola —los interrumpió ella de repente. —Soy Julie... King.

Julie le ofreció la mano y el portero se la estrechó con cierta sorpresa, como si no esperara que se presentara a él.

Travis frunció el ceño y ella lo miró con intensidad, queriendo dejar bien
claro que no pensaba esconderse ni permanecer al margen. Por desgracia. Julie
no parecía haber reparado en los fotógrafos de la calle. Alguno de ellos habría
sacado una instantánea en la que no aparecerían con expresión de ser
precisamente felices.
La tomó del codo, asintió al portero y entró en el hotel. Era mejor que se
alejaran del peligro cuanto antes.
—¿No te parece que ha sido una forma algo brusca de entrar? —preguntó
ella, molesta.
—No suelo presentar a mis acompañantes al portero —dijo él.
—Dios mío, eres todo un esnob...
—No soy ningún esnob —susurró, irritado. —Esteban tiene su trabajo y sabe
que entre sus obligaciones no está la de hacerse amigo de los clientes.
—No pretendía invitarlo a comer —dijo con ironía. —Me he Limitado a
presentarme. No tiene sentido que guarde mi identidad en secreto. A no ser,
claro está, que sientas vergüenza de mí...
—De lo único que siento vergüenza es de estar casado con una bígama. Lo
demás me da exactamente lo mismo —afirmó.
Ella entrecerró los ojos y apretó los dientes.
—Eso no es culpa mía.
—Ya. No dejas de repetirlo.
Travis echó un vistazo a su alrededor y vio que

algunas personas los estaban
mirando, así que bajó la voz un poco más.
—Te agradecería que actuaras con discreción y cautela hasta que hayamos
solventado nuestro pequeño problema —dijo.
—¿Con discreción? Ah, comprendo... supongo que venir al hotel en una
limusina gigante es actuar con discreción —contraatacó.
Travis suspiró y la miró. Sus ojos verdes brillaban de ira y su boca estaba tan
tensa como alta y desafiante su barbilla. Tenía las mejillas levemente
ruborizadas. Y sus senos se apretaban con fuerza contra el escote y la tela de
su vestido, a juego con sus ojos.
La encontró tan a trac ti va y deliciosa que se excitó de inmediato.
—Mira, Julie... —dijo, forzando una sonrisa para que la gente no sospechara
—No nos conviene llamar la atención demasiado. Hagamos lo que tenemos que
hacer y ya está.
—Me parece bien. Yo sólo digo que no voy a permanecer al margen.
—De acuerdo, tienes razón.
—Gracias.
Los labios de Julie se curvaron hacia arriba en una sonrisa realmente
sensual. Pero en sus ojos no había ningún calor.
Travis murmuró una maldición por haberse casado con una mujer

impresionante a la que ni siquiera podría hacer el amor. Después, la tomó del
brazo y caminaron hacia el mostrador de recepción. Una joven de cabello
oscuro se acercó y sonrió.
—Señor King... —la joven pronunció su nombre con un tono tan felino que
pareció un ronroneo. Julie se puso tensa.
—Bienvenido al hotel Castillo —continuó, sin dedicar una sola mirada a Julie.
—Como nos pidió, hemos preparado la suite para usted y para
su...acompañante.
—Gracias, Olimpia.
Travis fue educado, pero mantuvo las distancias con la coqueta joven. No
era ningún idiota. Las malas artes de Olimpia podrían haber funcionado con
otro hombre, pero él era totalmente inmune; sabía que muchas mujeres se
sentían atraídas por el poder y por el dinero y estaba acostumbrado a ese tipo
de situaciones. La mejor reacción era hacerse el tonto.
Julie se inclinó hacia él y susurró:
—¿Es que conoces a todo el mundo?
Travis se inclinó sobre ella y susurró a su vez:
—Lleva el nombre en la placa de la blusa.
—Ah...
—¿Desea que le reservemos una mesa en el restaurante? —preguntó la

recepcionista.
—No, gracias —contestó él.
—Y su acompañante... ¿va a quedarse con nosotros durante toda su visita?
—¿Cómo?
—Sí, voy a quedarme —intervino Julie, mirando a la joven con frialdad. —Nos quedaremos juntos. Es lo más lógico, teniendo en cuenta que yo no soy su acompañante sino... su esposa.
—Comprendo.
La joven comprobó los detalles de las reservas y Travis sonrió para sus adentros. Había algo terriblemente atractivo en el espectáculo de contemplar a Julie mientras defendía su territorio frente a otra mujer, y por otra parte, le alegraba observar que sabía cuidar de sus intereses.
—En cuanto a la mesa del restaurante —continuó Julie, —descuide: no necesitaremos de sus servicios.
—Por supuesto, señora. —La joven apartó la mirada de los ojos verdes de Julie. Y como ésta ya había ganado la partida, se permitió el lujo de cambiar de tono de voz y hablar con más dulzura.
—Y ahora, si no le importa, estamos de luna de miel y nos gustaría subir a la suite.
Julie se acercó otra vez a Travis y le acarició el pecho por encima de la camisa.
El humor de Travis desapareció de repente y se convirtió en deseo. Sabía

que Julie sólo estaba disimulando delante de Olimpia, pero no pudo evitarlo. Lo

había excitado tanto que iba a tener grandes problemas para disimular la erección cuando caminaran hacia los ascensores.

La miró a los ojos y supo que era consciente del efecto que causaba en él.

Pero lejos de cambiar de actitud, se pasó la lengua por los labios.

Julie suspiró, volvió a mirar a la recepcionista y dijo:

—Estoy segura de que comprende nuestra situación. Estamos deseando quedarnos a solas...

—Sí, sí, por supuesto —dijo la joven, nerviosa.

Guando recibió las llaves de la suite, Travis se dijo que Julie se había equivocado si pensaba que podía tomarle el pelo de esa forma y salir indemne.

Él también podía jugar a ese juego.

La tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente.

El contacto empeoró la situación de su entrepierna, pero dejó a Julie asombrada y sin habla. Había conseguido su objetivo.

—Muchas gracias, Olimpia —dijo él.

Acto seguido, tomó a Julie de la mano y la llevó a los ascensores.

Julie todavía estaba boquiabierta una hora después.

Era como si aún sintiera el roce de sus labios.
Y no salía de su asombro. Porque era verdad que se había excedido en el
intento de dar una lección a la recepcionista y que había ido demasiado lejos al
coquetear con él. Relamerse y acariciarle el pecho a Travis había sido como
agitar un filete delante de un león. Incluso comprendía que, como respuesta, él
hubiera decidido besarla. Pero no esperaba excitarse con un roce leve y rápido
de sus labios.
Se preguntó si él también habría sentido la descarga de electricidad y tuvo
que recordarse que todo había sido un juego.
Por lo visto, Travis era un gran jugador.
Intentó concentrarse en sacar la ropa de las maletas y guardarla. Pero
cuando terminó, volvió a quedarse a solas con sus pensamientos. Y si su
cuerpo había reaccionado de tal Forma a sus besos, tenía un buen problema.
Salió de la habitación que había ocupado, la más pequeña de las dos de la
suite, y se dirigió al salón. La vista era impresionante. Era una sala larga y
enorme, decorada con muy buen gusto. Cuatro sofás blancos de piel, formaban
un círculo alrededor de una chimenea instalada en el centro. De una de las
paredes colgaba una pantalla de televisión. En el extremo contrario había un
bar tan grande como todo lo demás, y las paredes, de tono amarillo claro,

estaban decoradas con cuadros. Todo, desde las alfombras persas al balcón que se abría a la terraza, irradiaba elegancia.

Travis estaba sentado en la terraza, de espaldas al salón de la suite y a ella.

Julie lo miró de arriba abajo e intentó eliminar la atracción que sentía por él, pero no era Fácil. Se había quitado la chaqueta y la corbata y ahora sólo llevaba los pantalones y la camisa. La brisa del exterior le revolvió el cabello cuando alcanzó una botella de champán, metida en lo que parecía ser una

cubitera de plata, y llenó dos copas.

Julie tomó aliento y avanzó. El sonido de sus tacones era lo único que se podía oír.

Al salir a la terraza, notó que hacía fresco y la carne se le puso de gallina.

Pero en lugar de prestar atención a la temperatura, se concentró en las luces de la ciudad y en el cielo que se oscurecía poco a poco.

—¿Ya has terminado? —preguntó él.

—Sí.

Ella aceptó la copa que le ofreció y probó el champán. Todavía estaba bajo los efectos de las margaritas que se había tomado en el avión y pensó que

debía comer algo; pero al mirar la comida que había encargado Travis para picotear un poco, supo que no podría llevarse nada al estómago.

—Es un lugar precioso.

—Sí, lo es.

—Supongo que vienes muy a menudo...

Él se encogió de hombros.

—El hotel es de la familia. Todos venimos a menudo.

—Comprendo... Y también supongo que no sueles venir solo.

Travis se giró para mirarla y arqueó una ceja. El viento que le revolvía el cabello le daba un aspecto más vulnerable.

—¿Es que, estás celosa?

—No, ni mucho menos —se defendió. —Eso sería una tontería, ¿no te parece? No es como si tú y yo estuviéramos realmente...

—¿Enamorados? —preguntó él.

La sonrisa de Travis desapareció de inmediato.

—No, no es como si estuviéramos enamorados —continuó. —Ni casados. Y precisamente hemos venido a México por eso... Mañana hablaré con mi primo Rico y le preguntaré con quién tenemos que hablar para arreglar lo del divorcio.

—Muy bien.

Julie se apoyó en la barandilla de hierro Forjado y apoyó la copa en la fría superficie. Cuando volvió a beber, supo que el champán se le estaba subiendo a la cabeza. Pero quizás era lo mejor.

—Eres una gran actriz, no hay duda —dijo él.

—¿Cómo?

—Lo digo por el espectáculo que has dado en recepción. Hasta yo he llegado a creer que somos una feliz pareja de recién casados...

—Sí, bueno... es que esa chica me ha sacado de mis casillas.

Travis le rellenó la copa.

—Ya me había dado cuenta.

—Y lo has disfrutado, claro...

Julie tomó otro sorbito,

—Sí, no lo puedo negar. Pero eso me ha hecho pensar.

Travis se bebió su copa de un solo trago y la llenó otra vez.

—¿En qué? —preguntó.

Ella empezaba a sentir los efectos del alcohol. Sin embargo, era una sensación tan agradable que no le preocupó en absoluto,

—En que si eres tan buena actriz, has podido engañarme todo el tiempo.

Julie soltó un suspiro de frustración. Travis seguía convencido de que Jean Claude había actuado en connivencia con ella.

—Ya te he dicho que no tengo nada que ver con ese asunto.

—Me gustaría creerte, de verdad —dijo, extendiendo

una mano para
juguetear con su vestido. —Pero...
—¿Pero?
Al parecer, sus mentes y sus cuerpos iban en direcciones opuestas. Aunque
él pensaba que lo había traicionado, la deseaba. Y a pesar de que la creía
capaz de participar en una extorsión, ella lo deseaba a él.
La piel de Julie se calentó en cuanto sintió su contacto. Fue una sensación
tan intensa que supo que se había buscado un buen problema. Pero en ese
momento le daba igual.
—Necesito algo más convincente que una afirmación —afirmó él, mirándola
con deseo.
—No sé qué más puedo decir...
—No digas nada.
—¿Entonces?
Travis dejó la copa en la mesa, se levantó, le bajó una de las tiras del vestido
y le acarició el hombro con el pulgar. Julie se estremeció y contuvo la
respiración.
—Hoy he pagado cien mil dólares por casarme contigo... —dijo mientras la
besaba en el hombro.
La mano de Travis descendió suavemente hacia su escote.
—¿Qué vas a enseñarme a cambio de lo que he pagado?

CAPÍTULO 05

Julie lo miró en silencio durante unos segundos

interminables. Estaba tan
sorprendida que no podía creer lo que acababa de oír. Pero Travis esperaba
una respuesta. Quería saber si estaba dispuesta a acostarse con él por dinero o
si iba a rechazar su insinuación.
Y no tuvo que esperar demasiado.
Ella tomó aliento, lo miró a los ojos y dijo, con voz exageradamente dulce:
—Teniendo en cuenta que los cien mil dólares se los has pagado a Jean
Claude, ¿por qué no lo llamas por teléfono y le pides que te enseñe algo?
Travis la miró con humor y le dedicó media sonrisa.

—Bien contestado. Pero tu francés no me interesa.
La frustración burbujeó en el interior de Julie. Incluso más que el champán
del que había abusado durante los últimos minutos.
—Por todos los diablos.... Jean Claude no es «mi francés», como dices.
Al ver que Travis sonreía, se sintió aún más frustrada.
—¿Y ahora de qué te ríes?
—No me río. Sólo sonrío.
—;Por qué?
—Porque hemos terminado aquí, juntos, a pesar de que tu francés...
Ella abrió la boca para protestar, pero él la interrumpió.

—Y hemos bebido más de la cuenta. Y tú hueles tan bien que me estás volviendo loco...
Los pezones de Julie se endurecieron.
Travis le acarició el valle entre los senos.
—Además, estás preciosa. Este vestido es... increíble. Me incita a desnudarte poco a poco y descubrir tus secretos.
Julie tembló. Travis estaba demasiado cerca. Su piel era demasiado suave. Su aliento era demasiado cálido y la pasión de sus ojos se parecía demasiado a la de ella misma.
Cuando no intentaba seducirla, le parecía un hombre irresistible. Y cuando intentaba hacerlo, le parecía directamente ilegal.
Al sentir el roce de sus dedos en la parte superior de los pechos, dejó escapar un gemido.
—¿Travis? —acertó a decir, con voz ronca.
La boca se le había quedado seca y su respiración se había acelerado.
—¿Sí?
Él la besó otra vez en el hombro.
—Yo...
De repente, le costaba pensar. Sus terminaciones nerviosas se encendieron como una marquesina de Las Vegas y su entrepierna estaba tan húmeda, tan caliente y tan necesitada que su cerebro había decidido que ya no era necesario y se había apagado hasta un momento más propicio.
Pero a pesar de ello, Julie intentó pensar. Y no

consiguió recordar lo que unos
minutos antes le había parecido tan importante.
Ahora sólo existía su lengua y
el roce de sus dientes en la piel, que le enviaban
descargas eléctricas por todo
el cuerpo, como en una especie de terremoto.
Pero al final, soltó un suspiro y logró decir:
—Travis, Travis...
Él la besó en el cuello y ella inclinó la cabeza para
Facilitarle la labor.
—Acordamos que... —dijo, intentando tomar aire. —
Acordamos que en
nuestra relación no habría sexo... ¿verdad?
—No —susurró él, sin apartarse un milímetro. —No
recuerdo tal cosa.

—Pero estaba en el contrato... Sí, es eso, estaba en
el contrato...
Travis le acarició los senos y sus pezones se
endurecieron todavía más.
—Los contratos se pueden renegociar. Si queremos...
Julie gimió, cerró los ojos y se concentró en lo que
sucedía. Estaba muy
apretada contra él y notaba su erección. Una de sus
manos le acariciaba los
pechos y otra, el cuello y la espalda; la estaba
abrumando con sensaciones,
provocando un cortocircuito deliciosamente seductor
en su mente.
—Oh, Dios mío...

Tomó aire y abrió los ojos. Él respondió con una mirada increíblemente intensa, una mirada que no había visto en Travis hasta entonces y que echó más leña al fuego de su pasión.

—¿De verdad queremos? —preguntó ella— Renegociar el contrato, digo...

—Bueno...

Travis descendió por su espalda y empezó a acariciarle el trasero. Después, se inclinó otra vez sobre ella y le lamió el labio inferior.

—Bueno —continuó. —Creo que deberíamos hacerlo, sí.

—Muy bien. Entonces, renegociemos...

—De acuerdo.

Travis le bajó la otra tira del vestido y los senos de Julie quedaron expuestos a su mirada de hambre. Ella se estremeció; pero no por la brisa fresca, sino por la excitación que sentía.

Tras ponerle las manos en los pechos e inclinarse para succionarle un pezón, él dijo:

—Ésta es mi primera oferta.

Julie gimió y se aferró a sus hombros como sí él fuera el único punto estable del universo, lo único que la podía sostener. No deseaba otra cosa que sentir su boca. No quería que se apartara nunca de sus senos.

—Será mejor que volvamos adentro —dijo él.

—¿Qué?

Travis miró a su alrededor como si acabara de darse

cuenta de que estaban
en la terraza de la suite.
—Nunca se sabe lo que un buen fotógrafo puede conseguir. Y no me gustaría
que mañana apareciéramos en la portada de alguna revista.
Julie se cubrió los senos y entro rápidamente en la suite. Después, Travis
cerró el balcón y echó las cortinas.
—¿Crees que nos habrán visto? ¿Que habrán sacado fotografías? —preguntó
ella.
Travis se encogió de hombros.
—Nunca se sabe.
—Pero...
Ella intentó volverá ponerse el vestido. Como si al hacerlo, pudiera borrar los
minutos anteriores.

—Ahora ya no tiene sentido que nos preocupemos —dijo él. —Ha sido culpa
mía; he debido de ser más cuidadoso. Pero sabes tan bien, hueles tan
maravillosamente, eres tan....
Julie volvió a excitarse de nuevo. Se apoyó en la pared y se ofreció para que
Travis le succionara un pezón y luego, otro. Él la atormentó con su boca, con su
lengua, con sus dientes, derribando todas sus defensas con sutil

determinación, Y cuando ella ya casi no podía tenerse en píe, Travis se incorporó un poco y la besó.

El beso alimentó el deseo de Julie hasta tal punto que ya sólo quería tenerlo en su interior. Podía sentir su erección contra el cuerpo, lo cual demostraba que la excitación era recíproca. Pero no entendía que se pudiera sentir así con un hombre a quien conocía desde niña, con un hombre al que hasta entonces había considerado un amigo.

Fuera como fuera, dejó de pensar y se rindió a las sensaciones,

Travis le puso una mano en la nuca y le lamió el cuello lentamente, descendiendo poco a poco. Julie tenía la impresión de que no podía respirar, pero no le preocupaba; quería más, necesitaba más, deseaba sentir su piel bajo las manos, tocarlo como él la tocaba a ella, sentir lo que él sentía.

Empezó a desabrocharle los botones de la camisa y no se detuvo hasta terminar con el último; de hecho, lo hizo de forma tan descuidada que le arrancó unos cuantos. A continuación, llevó las manos a su duro pecho y le acarició los pezones.

Él gimió contra su oído y la besó con más apasionamiento que antes. Sus alientos se mezclaron mientras sus lenguas bailaban la música que sus cuerpos querían bailar.

—Te deseo. Te quiero ahora —dijo él.
Travis le levantó las faldas del vestido y le arrancó las braguitas.
Julie respiró a fondo y se arqueó.
Cuando le introdujo primero un dedo y luego dos entre las piernas, ella se
sintió desfallecer. La acariciaba sin dejar de besarla un momento, causándole
emociones tan intensas que le costaba mantener el equilibrio y seguir de pie.
Pero él siguió adelante de todas formas. Una y otra vez, acariciándola,
entrando y saliendo de su sexo, insistiendo como si no deseara más cosa que
darle un orgasmo.
Fue algo increíble, Julie nunca había tenido una experiencia similar, Y quería
seguir adelante. Quería más. Así que llevó las manos a su cintura, le
desabrochó el cinturón de los pantalones y le bajó la cremallera.
Él dejó de besarla, la miró a los ojos y pronunció su nombre.
—Julie...
—Quiero que sientas lo que yo siento —susurró.
Al distinguir la pasión en sus ojos, Julie pensó que él también podría
distinguirla en los suyos. Estaba muy excitada. Lo deseaba con toda su alma,
como si no hubiera nada más importante en el mundo.
Introdujo las manos en sus pantalones y comenzó a acariciarlo lentamente,

sintiendo la maravillosa y suave dureza de su sexo. Travis se quedó quieto durante casi un minuto y no se podía oír otra cosa que sus respiraciones aceleradas.
Después, la miró y llevó las manos a su cintura.
—Levanta las piernas —ordenó.
Julie no preguntó porqué. No era necesario. Saltó un poco, cerró los muslos a su alrededor y él la apoyó en la pared y llevó las manos a su trasero para sostenerla.
Un segundo después, la penetró.
—Oh, Travis...
Él gimió y empezó a moverse. Primero, despacio; luego, deprisa. Sus cuerpos chocaban y se separaban una y otra vez mientras la tensión iba en aumento y parecía que nunca dejaría de crecer.
Julie sintió que el orgasmo se acercaba. Casi podía tocarlo; era muy evidente. Una descarga deliciosa creció dentro de su cuerpo hasta hacerse casi insoportable, Travis siguió moviéndose contra ella y ella se movía con él. No querían ni podían detenerse. Estaban dominados por un juego maravilloso de fricción que aceleraba el deseo que sentían.
Cuando sintió las primeras explosiones en su interior, Julie abrió los ojos.

Quería mirar a Travis, verlo, sentir su mirada hambrienta y cálida.
—Sigue... —murmuró él.
Ella siguió moviéndose. El placer se estaba volviendo cada vez más intenso.
—Travis...
Se aferró a él con más fuerza y cerró los muslos sobre su cintura con más determinación. La enorme ola del orgasmo rompió contra su orilla y luego sintió otras olas más pequeñas, restos que se desvanecieron poco a poco.
Travis gritó su nombre y se vació en su interior.
Cuando la tormenta ya había pasado, él pensó que había cometido un error grave. Creía que la atracción que sentía por Julie se desvanecería cuando hicieran el amor, pero no fue así en absoluto.
Julie apoyó la cabeza en su hombro, pero Travis la alzó lo suficiente y la besó.
—Aún no he terminado contigo —dijo él.
—Yo tampoco —dijo ella.
La deseaba más que nunca. Mucho más.
Sin separarse de ella, sin salir de su interior, Travis caminó hasta el sofá más cercano y se tumbaron en él. El fuego estaba encendido y la luz de las llamas jugueteaba de forma extraña, creando sombras y destellos que añadían magia a la situación.
Travis se quitó la ropa que todavía llevaba y la ayudó a librarse del vestido.
Ahora estaban totalmente desnudos.

—Hazme el amor otra vez, Travis —susurró ella, abrazándolo. —Vuelve a llevarme a ese lugar y deja que yo también te lleve.

No necesitó que se lo pidiera dos veces.

Se situó sobre ella, apoyándose en los brazos, y la besó otra vez. Sus bocas se fundieron cuando Travis reinició las acometidas con una determinación y tranquilidad que estaban muy lejos de sus deseos reales. Su instinto le pedía que aumentara la velocidad, que la tomara rápidamente y con fuerza; pero su mente se resistía y convertía el proceso en una caricia más lenta y placentera, convirtiendo cada roce en una pequeña victoria.

—Travis, te necesito...

—Y yo a ti.

Cada vez que Julie se movía contra él, debilitaba su voluntad y su capacidad de control.

Aquello Fue toda una sorpresa para Travis. No esperaba algo así. No imaginaba que establecerían una conexión tan apasionada. Y ahora no se podía imaginar un mundo sin ella.

Sintió que el cuerpo de Julie se tensaba y supo que había alcanzado el orgasmo. Sólo entonces, se dejó llevar y se arrojó a la profundidad de sus ojos

verdes y al calor de su cuerpo.
A la mañana siguiente, Julie se sentía completamente saciada y feliz. Tenía
unas agujetas maravillosas. Y dedicó un par de segundos a estirarse y a
recordar lo sucedido durante la noche.
Travis entre sus brazos, la magia entre ellos, una experiencia única.
Durante esos dos segundos, Julie se permitió pensar que su matrimonio era
real, que no era un acuerdo de negocios, que habían encontrado algo único.
Pero la ilusión se desvaneció enseguida.
—¡No puedo creerlo!
Era Travis, Estaba en la sala contigua.
Julie se levantó de la cama y buscó una bata para ponerse, pero no había
ninguna. Así que se encogió de hombros, alcanzó la sábana, se la puso
alrededor del cuerpo y se dirigió al salón de la suite.
Travis estaba inmóvil como una estatua, delante del balcón, con un periódico
abierto entre las manos. Los del servicio de habitaciones habían llevado un
carrito con café y un surtido de Frutas y bollería variada.
—¿Travis?
Él la miró. Pero no con deseo, sino con enfado.
—Tenemos un problema —respondió él.
—Sí, ya me lo había imaginado por tu tono. ¿Qué ocurre?
Él no contestó.
—¿Qué hay en ese periódico?
Travis lo giró hacía ella para que lo viera.

—Oh, Dios mío...
Julie alcanzó el periódico y contempló la fotografía de portada a la luz del sol.
Era tan explícita que no necesitaba de explicaciones.

El titular de la noticia decía así: *King y su nueva reina*. Debajo, había una imagen tan nítida y clara de la pareja como si el fotógrafo no hubiera estado en la calle sino con ellos, en la misma terraza de la suite.
Había conseguido capturar el momento en que el deseo les había hecho olvidar dónde estaban. Travis tenía una mano sobre sus senos y la besaba en el cuello. Casi parecía una imagen sacada de una película de vampiros, salvo por el hecho de que sus senos estaban desnudos y de que habría sido una película más bien pornográfica.
Automáticamente, se acordó de su madre y de lo que pensaría al verlo. Se sintió muy avergonzada.
—No puedo creerlo...
—Bienvenida a mi mundo —murmuró él.
Travis se pasó una mano por el pelo, con desesperación. Después, sirvió dos tazas de café y le ofreció una.
—Malditos fotógrafos —continuó. —Es culpa mía, Julie. Me dejé llevar por la

pasión en la terraza y bajé la guardia.
—Es culpa de los dos, Travis —murmuró ella.
—Sí, pero tú no estás acostumbrada a estas cosas y es normal que no
pensaras en ello. Lo mío es distinto. No es la primera vez que me sucede.
Julie lo miró y notó su furia y su frustración. Una combinación poco
recomendable.
—No ha sido culpa tuya, Travis, de verdad. Además, ya no es importante...
esta hecho. No podemos evitarlo —declaró. —¿Hay algo que puedas hacer?
¿Presentar una demanda? ¿exigir que retiren la fotografía... ?
—Sería inútil —afirmó con seriedad— Sólo serviría para aumentar el interés
de los lectores y lograr que el periódico tenga más ventas... si tenemos suerte,
la fotografía se quedará en los periódicos locales y no llegará a Estados Unidos.
—Sí, seguro que sí—dijo ella, cerrando los ojos, Travis la miró y notó lo que
llevaba puesto, o más bien, lo que no llevaba. Así que se acercó al balcón y lo
cerró.
—No hagamos más regalos a los paparazzi.
—Es verdad —dijo, cerrándose un poco más la sábana. —¿Y qué vamos a
hacer ahora?
—He hablado con mis abogados para que se pongan en contacto con el
periódico.
—Pero acabas de decir que es mejor no denunciar...

—Sí, es mejor. Sin embargo, los puede asustar un poco con legalismos y esas cosas.
—Comprendo. ¿Y después?
Travis miró la hora en su reloj.
—Bueno... he quedado con Rico dentro de treinta minutos. Tiene algunas ideas sobre jueces con los que podemos hablar para anular tu matrimonio con Jean Claude.

—Ah, magnífico. Estaré enseguida. Me daré una ducha rápida y me vestiré.
—No hace falta, quédate aquí. Yo me encargaré de todo.
—¿Que me quede aquí? —preguntó con incredulidad.
Travis se acercó a una mesita, alcanzó el mando a distancia del televisor y pulsó un botón para encenderlo.
—Sí. Alquila una película, pide que te den un masaje, ve a la piscina... o sal a comprarte algo. En el piso bajo hay un montón de tiendas.
Julie se quedó mirándolo, asombrada.
—Masajes, compras... ¿eso es lo que les ofreces a las mujeres que vienen contigo al hotel? —preguntó, confusa.
—Sí —contestó él, irritado con la pregunta de Julie. —Y parecerían disfrutar con ello.

Julie pensó que no era extraño que la recepcionista la hubiera tratado de
aquel modo. Era evidente que la había tomado por una más de sus
acompañantes.
Sin embargo, su caso era distinto. Ella era su esposa. No una caza fortunas
que sólo buscaba abusar de las tarjetas de crédito de Travis.
—No he venido a México para ir de compras ni para que me den masajes ni
para hacer nada de lo que suelan hacer tus amantes —le recordó. —He venido
para arreglar un error de mi pasado.
—Ya estoy en ello, Julie.
—Tú solo.
—Sí, yo.
Julie lo miró a los ojos.
—Sin embargo, esto no es asunto tuyo. Es mi problema, Travis.
—Julie, estás dándole demasiada importancia. Estás cansada, te sientes
frustrada... y la fotografía del periódico habrá empeorado tu humor. Pero eso
es todo.
—Ya veo. Y lo único que quieres es que me quede aquí, que me mantenga
alejada de tu camino y que mi preciosa cabecita no se preocupe por nada más.
¿No es eso?
Travis Frunció el ceño.
—Yo no dicho nada por el estilo...
—Pero lo has insinuado.
—Por favor, Julie...

Julie se alejó en dilección al cuarto de baño.

—Olvídalo, Travis. Nuestro matrimonio puede ser temporal y por una pura cuestión de negocios, pero soy una mujer adulta y pienso y actúo por mi cuenta.

—Vas a complicar las cosas...

Ella se detuvo al llegar a la puerta del servicio y se giró.

—Lo haremos juntos o no lo haremos —dijo. —Recuerda lo que pasó la

última vez que confié un problema mío a otra persona. Jean Claude dijo que estábamos divorciados y ha resultado que era mentira.

—Pero yo no soy Pierre...

—No, eso ya lo sé —afirmó, asegurándose la sábana sobre los pechos. —Eres Travis King, un hombre acostumbrado a salirse con la suya y a que los demás lo obedezcan. Cuando dices que salten, saltan, Pero yo no salto nunca... si crees que voy a dejar este asunto en tus manos y que me voy a mantener al margen, estás muy equivocado. Espérame aquí. Vuelvo en quince minutos.

CAPÍTULO 06

—Afuera os está esperando un coche. El chofer os llevará a ver al juez

Hernández.

Travis asintió. Estaban en el vestíbulo del hotel y su primo Rico casi parecía la imagen de la muerte en contraposición con las plantas tropicales y los colores brillantes y alegres del lugar. Iba vestido totalmente de negro. Camisa negra, vaqueros negros y botas negras. Incluso tenía el pelo negro. Y sus ojos, oscuros, brillaban con humor.

—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Travis.

—Lo de tu boda. Me parece gracioso que te hayas casado.

—Me alegra que lo disfrutes tanto... —espetó.

Julie se había alejado un momento para comprar un paquete de chicles.

Travis había insistido en que se quedara en el hotel, pero ella había tomado una decisión y sabía que no lograría convencerla. Si se marchaba solo, lo seguiría.

Aquella mañana se había puesto un vestido de color amarillo, de falda hasta la mitad de los muslos y sin mangas. Llevaba unos zapatos de tacón alto y sus piernas le parecieron tan bellas que se excitó inmediatamente. Sobre todo, cuando le dio por recordar la noche anterior.

—Es una preciosidad —dijo Rico.

Travis frunció el ceño.

—Sí, supongo que sí.

—¿Lo supones? —Bueno, si ya te estás arrepintiendo de tu precipitado matrimonio, dímelo y estaré encantado de consolar a

tu esposa.
La idea de que Rico se acercara a Julie le molestó tanto que dijo:
—Mantente alejado de ella.
Su primo rió.
—Vaya... he despertado tu instinto territorial.
—Es mi esposa. Déjate de tonterías.
Rico alzó las manos.
—Por supuesto. Discúlpame...
Julie caminó hacia ellos, sonriendo, y Travis intentó convencerse de que no

albergaba ningún instinto territorial y de que no le molestaban las miradas de
admiración que recibió su esposa en el vestíbulo.
A fin de cuentas, ni siquiera era su marido de verdad.
Travis se acordó de que Julie no hablaba español y pensó que era su primer
golpe de suerte.
En otras circunstancias, ella habría insistido en tomar parte en la
conversación; pero en aquéllas, no tuvo más remedio que permanecer callada
y dejarlo en sus manos. Travis sospechaba que el juez hablaba inglés, pero
insistió en utilizar el español porque le convenía.
Rico le había asegurado que en México se podía solventar cualquier
problema con un soborno rápido y discreto. De hecho, el juez Hernández se

mostró más que comprensivo y le aseguró que se encargaría del asunto. Para entonces, Julie no dejaba de moverse en la silla y de interrumpirlo con preguntas.
—¿Qué ha dicho? —preguntó, tirándolo de la manga. —¿Puede conseguirme el divorcio? ¿Puede casarnos? Me parece muy extraño que no hable inglés… en California, todo el mundo habla español.
—Tú, no —le recordó.
—Porque no presté atención suficiente en el instituto —confesó.
—Pues peor para ti.
—¿Cómo? —los interrumpió el juez.
Travis tomó a Julie del brazo y aseguró al juez que todo estaba bien y que esperaría sus noticias en el hotel Castillo de los King.
Unos minutos después se encontraron en la calle. Hacía un día magnífico, de cielos despejados y bastante calor. Los turistas se apelotonaban en las calles y delante de las tiendas, mezclándose con mexicanos que vendían prácticamente todo, desde sombreros hasta tacos, churros y unos pastelitos con canela y azúcar. Los sonidos y los acentos eran tan variados que casi mareaban.
—Dime lo que te ha dicho el juez —declaró ella.
—Me ha dicho que se pondrá manos a la obra —afirmó mientras se abrían paso entre la multitud. —El dinero es tan útil en este país como en cualquier

otro.
—¿Lo has sobornado?
Travis la miró y frunció el ceño.
—No, yo no soborno a nadie. Pero cuando tienes dinero, puedes lograr... que los procesos se aceleren un poco —contestó.
—Ya. Luego lo has sobornado—dijo ella. —¿Y cuánto tiempo tardará?
—No estoy seguro. Rico me ha dicho que alrededor de dos semanas.
—¿Dos semanas?
—¿Te parece mal?
—No, pero no sabía que íbamos a estar tanto tiempo aquí... ¿no tienes que

trabajar en ese proyecto de distribución con Thomas Henry?
—Sí, pero estamos en nuestra luna de miel y él lo sabe.
Julie tropezó en ese momento con una caja que estaba en mitad de la calle y él la agarró del codo para impedir que perdiera el equilibrio.
—De luna de miel... —repitió. —¿Y qué vamos a hacer?
Travis se detuvo. Había tanta gente que era un lugar perfecto para los carteristas, así que echó un vistazo a su alrededor antes de mirarla a los ojos.
Rico tenía razón. Julie era preciosa.

Paradójicamente. Travis no se había dado cuenta hasta entonces; a fin de
cuentas la conocía desde siempre, desde que eran niños y se subían a los
árboles a jugar. Pero supo que después de lo sucedido la noche anterior no
volvería a ser una niña para él. Y sonrió de oreja a oreja, encantado con la
perspectiva.
—Disfrutar de la luna de miel, por supuesto —respondió.
—¿Hablas en serio?
Él se encogió de hombros y siguieron caminando.
—¿Por qué no? Estamos en un lugar muy romántico y ambos sabemos,
después de lo de anoche, que somos... compatibles.
—¿Y qué hay de nuestro acuerdo?
—Ya lo hemos roto, ¿no te parece? —preguntó, sonriendo de nuevo. —Mira,
Julie, anoche cruzamos la línea... ya está hecho, no podemos cambiarlo. ¿O es
que prefieres que volvamos a la situación anterior?
—No, supongo que no...
—Oh, gracias por tu entusiasmo... —ironizó.
—No es eso —dijo ella. —Es que... tenemos que hablar de una cosa, Travis.
No se me ha ocurrido hasta esta mañana, pero teníamos prisa porque
debíamos hablar con el juez y no ha surgido la ocasión.
—Adelante, dime...
Julie soltó un suspiro que jugueteó con los mechones de cabello rojo que le
caían sobre la frente.

—¿No podemos ir a un lugar menos concurrido? —preguntó, con expresión preocupada.
—Claro que sí...
Travis no sabía lo que pasaba, pero pensó que, fuera lo que fuera, se encargaría de solucionarlo y de quitárselo de encima. No quería más problemas.
La tomó de la mano y la llevó a un parque pequeño y alejado del tumulto.
Caminaron hasta llegar a un banco de piedra, situado bajo un árbol, donde se sentaron.
El sol pegaba fuerte aquella mañana, pero a la sombra se estaba bien. Los sonidos del cercano mar llegaban hasta el parque y se mezclaban con el canto de los pájaros.
—¿Lo ves? Aquí no hay gente —dijo él. —Ya puedes contármelo.

—No te va a gustar...
Travis ya había adivinado eso,
—Venga, di lo de una vez.
Ella suspiró.
—Está bien... Anoche hicimos el amor sin protección.
Travis la miró con asombro, sin poder creerlo, casi esperando que fuera una broma. Pero desgraciadamente, no lo era.

—¿No estabas tomando la píldora?
—No, yo nunca he dicho que la tome...
—Había supuesto que...
Julie se cruzó de brazos.
—Habías supuesto demasiadas cosas.
Travis se levantó del banco,
—Sí, tienes razón, pero... bueno, me imaginé que no tendrías interés alguno en quedarte embarazada...
—Y no lo tengo. Pero suelo usar preservativos.
Travis sabía que la responsabilidad era de los dos. Sin embargo, no podía creer que hubiera cometido un error tan estúpido. Cuando mantenía relaciones con mujeres, prácticamente se sellaba con una capa de látex para evitar que un encuentro sexual breve y sin importancia se transformara en un disgusto muy grave.
Pero la noche anterior se había olvidado.
Porque ni siquiera estaba pensando. Porque creía que aquello sólo era un acuerdo económico entre los dos y que las cosas no llegarían a una situación tan íntima, así que ni siquiera había considerado la posibilidad. Y más tarde, sus hormonas lo habían dominado hasta tal punto que lo cegaron por completo.
—Lo que faltaba —dijo él —Lo que faltaba.
—Sí, estoy de acuerdo contigo, ¿Cómo crees que me siento yo?
Travis la miró y arqueó una ceja.
—Buena pregunta. ¿Cómo te sientes? ¿Feliz?

¿Encantada? ¿Ya estás
pensando en todo el dinero de los King?
—¿Cómo dices?
—Venga ya, Julie... no eres la primera mujer que intenta quedarse
embarazada conmigo, a propósito, para condenarme a un hijo y quedarse con
mi dinero.
—Espera un momento, gallito...
—¿Gallito? —preguntó él, divertido.
—Si crees que lo he hecho a propósito, te equivocas.
—¿De verdad?
—Por supuesto que sí.
Ella también se levantó.

—No soy una de esas pelanduscas que harían cualquier cosa por atrapar a
uno de los King. Ni siquiera fui yo quien te planteó lo del matrimonio. Fue idea
tuya —le recordó, enfadada.
Julie apretó los dientes. Esperaba que Travis insistiera con el asunto y que
dijera algo aún más injusto e irritante.
Pero no lo hizo.
En lugar de eso, sacudió la cabeza, contempló durante un momento los
alrededores, volvió a mirarla a los ojos y declaró:
—Tienes razón. Fue idea mía. Y lo que pasó anoche es responsabilidad de los
dos.

—Vaya... no puedo creer lo que oigo.

Travis sonrió, pero sin perder la mirada de seriedad.

—Eso no cambia el hecho de que tenemos un buen problema.

—Ya lo sé. Ahora comprenderás que quisiera hablar contigo...

Como él no dijo nada, ella añadió:

—Bueno, es posible que estemos exagerando. Quedarse embarazada no es tan sencillo. Además, sólo lo hicimos una vez...

—¿Una vez? Fueron cuatro.

—Ya, pero en una sola noche. Seguro que no pasa nada.

—Sea como sea, lo averiguaremos pronto.

Travis la tomó otra vez de la mano y empezaron a caminar hacia la salida del parque.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó ella.

—A la tienda más cercana. A comprar todo un surtido de preservativos.

Una semana después, Julie alzó la vista al cielo y entrecerró los ojos. Unas nubes blancas atravesaban la inmensidad azul y una forma roja y amarilla se deslizaba en el viento como un gigantesco pájaro tropical.

Aquella forma era su marido, que estaba haciendo parapente. Siempre había sido impulsivo. Le gustaba probarlo todo y se apuntaba a cualquier cosa.

Durante los siete días transcurridos, la cantidad de preservativos que tenían había bajado considerablemente. Los dos estaban encantados de compartir la

enorme cama de Travis, así que no había motivo alguno para que contuvieran
sus deseos sexuales. Y el simple hecho de pensar en ello, bastó para que Julie
se estremeciera y hundiera los píes en la ardiente arena blanca de la playa.
Sabía que su relación se hacía cada vez más profunda, pero ni ella ni
ninguna mujer con sangre en las venas se habría preocupado por un detalle
tan insignificante. Travis era un amante magnífico. Cuando concentraba su
atención y su interés en una sola persona, era irresistible. La había arrastrado
a su mundo y ahora no sabía si podría escapar.
Al caer en la cuenta, se sintió como si le hubieran echado un cubo de agua
fría. Había cometido un error terrible.
Mientras observaba las piruetas de su marido en el aire, sintió una punzada

en el estómago y pensó que aquélla era la segunda vez que se casaba con
alguien y que se arrepentía casi de inmediato.
Jean Claude era un canalla; de eso no había duda alguna. Pero al menos, ella
no se había sentido completamente fuera de su elemento durante aquella
relación. En cambio, el mundo de Travis era tan distinto al suyo que estaba

convencida de que acabarían mal. A fin de cuentas, ella sólo era la hija de una
cocinera, una especie de Cenicienta en comparación con él. Y por si fuera poco,
Travis se veía obligarlo a lidiar con un delincuente por culpa suya.
Más tarde o más temprano, le haría daño. Sería mejor que no se hiciera
demasiadas ilusiones al respecto.
—¿Señora King?
Julie apartó la mirada de su marido y la dirigió al empleado del hotel que se
había acercado. Llevaba unos pantalones blancos y una camisa verde.
—¿Sí?
Él sonrió y ella se preguntó si el primo de Travis, Rico, sólo contrataba a
hombres atractivos. —Hay una llamada para usted.
—Oh, gracias...
El empleado le pasó un teléfono de conexión por satélite.
—¿Dígame?
—Julie O'Hara King... ¿podrías explicarme qué hacéis Travis y tú en esta
fotografía completamente indecente que acabo de encontrarme en la portada
de una revista de la tienda de ultramarinos?
Era la voz de su madre.
Ahora sí que tenía un buen problema.
—Thomas, te aseguro que arreglaré este asunto en cuanto vuelva... en
cuanto volvamos... a casa —afirmó Travis.
Julie estaba sentada en uno de los sofás de la suite, mirando a su marido

mientras éste caminaba de un lado a otro con el teléfono pegado a la oreja.
Sólo le faltaba echar espuma por la boca. Ahora sabían que el periódico
mexicano había vendido las fotografías a la prensa internacional y que también
se habían publicado en todos los Estados Unidos.
Ella compartía su enfado. Su madre había visto la imagen. Sus amigos la
habían visto. La familia de Travis la había visto, Y por supuesto, también la
habían visto varios millones de desconocidos.
Soltó un gemido sin poder evitarlo.
—Mis abogados se han encargado de la situación —continuó Travis.
Julie tuvo la sensación de que Thomas Henry no sería fácil de convencer.
Pero en ese momento, ella ya tenía bastantes preocupaciones como para
pensar en el efecto del escándalo sobre los negocios de Travis. Había recibido
varias llamadas telefónicas, aunque ninguna tan embarazosa como la que
había mantenido con su madre, y no sabía si podría volver a mirar a la cara a la
gente.

Hasta pensó en marcharse a vivir a otro país. A cualquier lugar donde no la
conocieran de nada. Seguro que el asunto se

olvidaba en diez o veinte años.
Sin embargo, no podían esconderse. Tendrían que volver a Birkfield. Y por
eso estaba hablando Travis con Thomas Henry, para intentar suavizar las cosas
y arreglar, en lo posible, el desaguisado.
—Sí, descuida, te llamaré en cuanto vuelva a casa. Lo arreglaremos,
Thomas, ya lo verás...
Cuando terminó de hablar con él, Travis se dejó caer en el sofá.
—Esto es un desastre —dijo.
—No me digas...
Travis la miró con cara de pocos amigos.
—Eh, yo también he salido perjudicada...
—Lo sé, lo sé —afirmó. —Es que no me gusta perder el control de las
situaciones.
—Bienvenido al mundo real —murmuró.
—Prefiero tener mi propio mundo. Uno donde las normas las pongo yo,
Julie lo sabía de sobra. No estaba acostumbrado a sentirse impotente.
Necesitaba cuidar de las personas a las que quería. Y ella estaba ahora en ese
grupo.
Pensó que sería mejor que cambiaran de conversación.
—¿Qué te ha dicho el señor Henry?
Travis se pasó una mano por la nuca.
—¿Ya te había comentado que es un excéntrico? Pues lo es, pero también es
muy conservador... y no me preguntes cómo puede ser lo uno y lo otro al

mismo tiempo. Es un hombre bastante extraño.
—Comprendo.
—Cuando vio la fotografía, decidió que no quería hacer negocios conmigo.
Pero creo que ha cambiado de opinión. Incluso ha admitido que es normal, que
estamos de luna de miel y que no es culpa nuestra.
—Increíble...
—Si podemos solucionar el problema de tu matrimonio con Jean Claude y
volver a casa sin más contratiempos, creo que podré cerrar el trato con él.
Julie lo miró. Estaba tan tenso como sí creyera que todo tenía solución si se
concentraba lo suficiente. Pero de momento, no era así. El futuro que había
soñado estaba en peligro y no podía hacer otra cosa que esperar.
Aquello debía de ser desesperante para él. Los hombres como Travis no
estaban acostumbrados a esperar.
—Mí abogado está buscando al fotógrafo —le informó, —Y ha llamado a los
periódicos, aunque dudo que eso sirva de algo... esa imagen ya ha salido de
México y el daño está hecho. No se puede reparar.
Julie se inclinó sobre él y se abrazó de repente a su pecho.
—¿Y esto? ¿A qué viene? —preguntó Travis, extrañado.

Ella sonrió con cansancio.
—A que me ha parecido que necesitabas un abrazo. A mí tampoco me viene
mal...
Travis sonrió y la abrazó a su vez.
—Es verdad —dijo, acariciándole la espalda. —Pero no te preocupes, Julie,
encontraré la forma de que salgamos de ésta.
—Lo sé.
Julie se dejó llevar por la maravillosa sensación de estar entre sus brazos.
Era feliz, aunque sabía que no debía hacerse ilusiones. Por mucho que ahora
parecieran un equipo, era una situación tan temporal como su matrimonio. Y
cuando el juego hubiera terminado, no le quedaría otra cosa que el recuerdo
de aquel viaje.

CAPÍTULO 07

El divorcio de Julie llegó cuatro días después.
Aquella misma tarde, Travis organizó una boda discreta en el despacho del
juez Hernández. La ceremonia fue breve y, gracias a los buenos oficios del
magistrado, completamente ajena a la curiosidad de los periodistas.
Con el problema solucionado, Travis insistió en volver cuanto antes a
Estados Unidos. Tenía mucho trabajo en la bodega y quería empezar cuando
antes, así que pidió que un coche pasara a recogerlos al hotel y los llevara al
aeropuerto.

Se sentía el hombre de siempre. Volvía a tener el control de su vida y,
además, había descubierto que Julie y él formaban un gran equipo.
Aquello era una verdadera sorpresa. Nunca habría imaginado que podía
desear tanto y mantener una relación sexual tan increíble con una vieja amiga
de la infancia.
Giró la cabeza y la miró. Era preciosa. Pero todavía desconfiaba de ella; no
podía creer que fuera tan inocente como parecía. Primero había surgido el
problema de Jean Claude; después, la fotografía en la terraza del hotel; y más
tarde, la posibilidad de quedarse embarazada porque no habían utilizado
ningún método anticonceptivo.
Quería confiar en ella. Lo deseaba con toda su alma. Pero no podía; entre
otras cosas, porque se había casado con él precisamente por dinero.
Cuando Julie se dio cuenta de que la estaba mirando y sonrió, Travis pensó
que se estaba preocupando por nada. No le había tendido ninguna trampa.
—Sí Rico no aparece enseguida, nos marcharemos sin despedirnos de él —
dijo.
—Cinco minutos, Travis… esperemos cinco minutos. Relájate.
Travis era incapaz de relajarse, de modo que dedicó ese tiempo a admirar la
figura de su esposa. Aquel día se había puesto unos

pantalones blancos, un top
de color amarillo pálido y unas sandalias a juego con los pantalones. El sol

bañaba todo su cuerpo y casi la hacía brillar. Tenía un aspecto tan fresco y
atractivo que de buena gana le habría hecho el amor allí mismo, en el vestíbulo
del hotel.
Aún no sabía por qué la deseaba tanto. Pero estaba decidido a aprovechar
hasta el último minuto y a disfrutar de ella mientras estuvieran casados.
Poco después, oyó una voz familiar.
—Siento que te marches tan pronto, Travis. Él se giró y estrechó la mano de
su primo.
—Siempre llegas tarde, Rico…
Su primo rió.
—Pero te agradezco la hospitalidad —añadió.
—Sí —intervino Julie, —Muchas gracias. Tu hotel es impresionante... y nos lo
hemos pasado realmente bien.
Julie le dedicó una sonrisa a Travis, que clavó los ojos en sus sensuales labios
y pensó que tenía razón. A pesar de los paparazzi, del problema de su divorcio
y de aquella Fotografía, habían sido unos días maravillosos. Y ella estaba tan
radiante como si no hubiera pasado nada malo.

Además, debía admitir que Julie había reaccionado muy bien en
circunstancias difíciles. Mucho mejor que ninguna de las mujeres a las que
había conocido. De hecho, de no haber sido por ella, tal vez habría perdido la
calma.
Pero estaba tan acostumbrado a no necesitar a nadie que la idea de
necesitarla a ella para no perder los estribos, bastó que para volviera a
desconfiar. Cabía la posibilidad de que lo sucedido en la terraza no hubiera sido
casualidad ni un efecto del champán que habían tomado. Bien podía ser que
Julie lo hubiera organizado todo y que lo hubiera seducido para que pudieran
hacer esa fotografía. Por no mencionar que lo de los métodos anticonceptivos
resultaba muy sospechoso; le parecía increíble que no tomara la píldora y que
se hubiera acostado con él sin preocuparse.
—¿Travis?
—¿Cómo?
—Tierra llamando a Travis... —bromeó Julie.
—Ah, sí, perdona...
—¿Te encuentras bien?
—Sí, perfectamente. ¿Por qué lo preguntas?
—Disculpa a mi primo —intervino Rico con una carcajada. —Un hombre
recién casado tiene muchas cosas en mente... es normal.
Julie lo miró como si no creyera la explicación de Rico, pero a Travis le dio

igual. Sólo quería marcharse de allí, volver a California y a su bodega. Si Julie estaba actuando de acuerdo con Jean Claude, lo descubriría.

—Ha sido un placer, Julie. Puedes venir cuando quieras —dijo Rico.

Rico la tomó de la mano y se la besó, para irritación de su primo.

—Oh, venga ya...

—Perdónalo —dijo Rico, sonriendo, —Travis nunca ha sabido apreciar las cosas buenas de la vida.

—Ya basta, Rico... tenemos que marcharnos.

Justo entonces, una empleada joven del hotel se acercó a Rico y le dio una palmada en el brazo para llamar su atención.

—Perdón, señor King...

La joven le susurró algo al oído que ellos no pudieron escuchar. Y Travis aprovechó el momento para comentar a su esposa:

—Parece que Rico te ha causado muy buena impresión...

Julie sonrió.

—Oh, es un hombre encantador. Y me ha besado la mano... ¿cómo no voy a sentirme impresionada con semejantes atenciones?

Travis la miró con cara de pocos amigos y entrecerró los ojos.

—Recuerda que te has casado con este King, no con

ése.
—Hum, no sé... —bromeó.
Él se sintió dominado por un repentino sentimiento de propiedad. Por muy
temporal que fuera su matrimonio, Julie era suya y sólo suya durante un año.
—Está bien. Permíteme que te refresque la memoria.
Travis la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente sin preocuparse
por la gente que los rodeaba. La deseaba con locura. No se cansaba de tocarla,
de acariciarla, de hacerle el amor. Nada era suficiente para él.
Cuando por fin se apartó, ella dejó escapar un gemido.
—Guau...
Travis sonrió.
—¿Qué te parece? ¿Es mejor que un beso en el dorso de la mano?
Julie se relamió los labios.
—Sí, Muchísimo mejor
Ella se estremeció y se sintió más feliz que nunca. Empezaba a estar loca por
él, y Travis se comportaba de un modo tan romántico que albergaba la
esperanza de haberse ganado su confianza. No habían discutido ni una sola
vez en varios días; pero no estaba totalmente segura de la situación. Todavía
cabía la posibilidad de que sólo estuviera disimulando.
Él la tomó del brazo y la atrajo hacia sí. Ella sintió un escalofrío e intentó
convencerse de que no se debía al contacto de su

cuerpo, sino al excelente
sistema de aire acondicionado del hotel.
La empleada seguía hablando en voz baja con su jefe. Y debía de ser algo
preocupante, porque la expresión de Rico cambió por completo y se puso
tenso.
Julie intentó convencerse de que, fuera cual fuera el problema, no tenía nada
que ver con ellos. Ya habían superado los obstáculos. No había nada que
temer. Era verdad que Travis seguía comportándose de un modo
excesivamente arrogante, pero estaba segura de que cambiaría con el tiempo.
Formaban un gran equipo.

—Yo diría que ha pasado algo malo —comentó Travis.
—Sí, eso me temo —dijo ella.
Cuando la empleada se marchó. Rico se giró hacia su primo y su esposa. Sus
ojos oscuros brillaban con indignación.
Los alejó de la gente para que nadie pudiera escuchar su conversación y,
acto seguido, miró a Travis.
—Tenemos un problema—afirmó.
—Oh, no... ¿de qué se trata ahora? —preguntó, desesperado.
—Alguien de la oficina del juez ha filtrado la noticia

del divorcio de Julie y de
vuestra boda posterior.
—¿Cómo es posible...? ¿Quién ha sido? ¿Se ha enterado la prensa? —
preguntó ella, sintiéndose enferma de repente.
No podía creer lo que sucedía. Su vida nunca le había preocupado a nadie;
casi se podía decir que había sido una mujer invisible. Pero ahora, todo el
mundo parecía obsesionado con descubrir sus secretos y pregonarlos al
mundo.
—Sí, la prensa ya se ha enterado—contestó Rico.
—¿De qué? ¿Cuánto saben? —preguntó Travis.
—Todo —respondió en voz baja. —La historia se ha sabido esta mañana, de
modo que ya habrá llegado a las redacciones de medio mundo... en fin, dudo
que os sirva de consuelo, pero el juez Hernández ha despedido al culpable de
la filtración.
—Sí, es cierto, no nos sirve de consuelo —dijo Travis, apretando los dientes.
—Esto es lo que nos faltaba. Nos hemos tomado tantas molestias para evitar
un escándalo y al final lo vamos a tener de todas formas.
—Eso parece.
Julie pensó que aquello era una pesadilla. Una vez más, se encontraban
expuestos a los caprichos de la prensa del corazón. Pero aquello era mucho
peor que la Fotografía de la terraza, mucho más grave que sus pechos

desnudos en una imagen.
Aquello era su vida. Sus secretos.
Miró a Travis y se preguntó sí se estaría arrepintiendo de haberle ofrecido que se casara con él. Sin embargo, sólo podía haber una respuesta. La vida de Travis era perfectamente normal hasta que se vio envuelto en sus problemas.
—Como encuentre al canalla que ha hecho esto... —amenazó.
—Seguro que ya está muy lejos de aquí—observó Rico, —Le habrán pagado bastante por la noticia y estará contando su dinero.
A Julie le daba igual dónde estuviera. Sólo quería saber lo que iba a pasar a continuación; si Travis seguiría a su lado a pesar de las complicaciones, si mantendría el acuerdo matrimonial o se decidiría romperlo para evitarse más disgustos.
Esperaba que no lo rompiera; entre otras cosas, porque ya nada podía salvarla de los medios de comunicación. Aunque se separaran, seguiría siendo

un personaje público.
—¿Travis? —preguntó, preocupada, —¿Qué vamos a hacer?
Él ni siquiera la miró.
—Volver a casa.

—¿Juntos?
Travis arqueó una ceja.
—¿Es que prefieres volver por tu cuenta?
—No, ni mucho menos. Es que…
—Estamos casados, ¿recuerdas? —la interrumpió.
—Sí, claro, es cierto.
Travis sonrió con frialdad y ella le devolvió una sonrisa idéntica. Estaban
casados y seguirían juntos. Sin embargo, se había empezado a abrir una fosa
entre ellos y no sabía cómo cerrarla.
Rico había acertado de lleno. En cuanto el avión aterrizó en el aeródromo
privado de las cercanías de Birkfield, los periodistas se arremolinaron alrededor
de los recién llegados como chacales sobre un cadáver.
Y una semana después, las cosas seguían tan mal como entonces.
Travis se recostó en la silla de su despacho, se apretó el teléfono contra el
oído y escuchó la música de fondo que se ponía en las llamadas en espera y
que podía desesperar a cualquier persona. Ni siquiera tenía la opción de colgar.
Llevaba siete días intentando hablar con Thomas Henry y no le había devuelto
ni una sola de sus llamadas.
Pero esta vez, hablaría con él.
Miró a su alrededor, Las paredes de su despacho eran de color rojo, aunque
se volvían blancas al llegar a la moldura del techo. Estaban llenas de
estanterías con libros y de cuadros de sus viñedos.

Aquella sala siempre había sido una especie de santuario para él; de vez en cuando se sentaba en alguno de los sillones negros y dejaba pasar el tiempo sin hacer otra cosa que mirar el fuego de la chimenea.

Desgraciadamente, aquel día no había nada que lo pudiera relajar.

La música del teléfono se detuvo en ese instante.

—Lo siento, señor King. El señor Henry sigue ocupado... ¿está seguro de que quiere esperar? Puedo decirle que ha llamado y pedirle que se ponga en contacto con usted.

Travis sabía que Henry no estaba ocupado. Sencillamente, no quería hablar con él. Pero ya había probado demasiadas veces la estrategia de dejarle mensajes y no había funcionado, así que esta vez no pensaba renunciar.

—No, gracias. Esperaré.

La secretaría de Henry suspiró.

—Como prefiera...

La música volvió a sonar y Travis regresó a sus pensamientos.

Las cosas habían cambiado en los últimos días. Julie y él habían caído en una especie de rutina fría que no se parecía nada al apasionamiento de Cancún.

Sabía que, en parte, era culpa suya; no se podía decir que hubiera sido muy amable con ella. Pero Julie también mantenía las distancias. Y aunque deseaba acercarse y tomarla entre sus brazos, se contenía porque todavía no estaba seguro de que fuera totalmente inocente.

Además, hablar con sus hermanos tampoco le había sido de ayuda.

Miró la pared del fondo y sus ojos se clavaron en un cuadro de la bodega, pero en realidad no lo estaba mirando. Su pensamiento había regresado a la conversación de la noche anterior.

—Los abogados están investigando al ex marido de Julie —había dicho Adam.

—¿No podemos hacer que lo arresten por algo? —preguntó Jackson.

—No ha hecho nada ilegal —respondió Travis —Todavía.

—¿Cómo que no? Te ha chantajeado... —dijo Adam.

—Sí, eso es cierto, pero no podemos acusarlo de eso sin que la prensa se entere —le recordó. —No, será mejor que dejemos ese asunto. No quiero empeorar la situación. Tengo la sensación de que hay fotógrafos ocultos detrás de cada vid...

—La situación está empeorando de todas formas —afirmó Adam.

—¿De verdad? No me había dado cuenta —ironizó. —Pero no puedo creerlo... os pedí que investigarais el pasado de ese tipo. ¿Cómo es posible que no

encontréis nada que sirva para obligarlo a desaparecer?
—No lo sé, pero no hay nada de nada. Por lo que sé, ésta es la primera vez que extorsiona a alguien —declaró Adam.
—Pues está desaprovechando su talento —intervino Jackson. —Es evidente que estas cosas se le dan muy bien.
—Tiene que haber algo. Ha manipulado a la prensa como si sólo fuera un amante que se siente traicionado por su ex mujer.
—¿Y qué dice Julie del asunto? —preguntó Jackson.
—¿Qué crees que puede decir? Se siente terriblemente avergonzada y está muy enfadada. Como yo mismo.
—¿De verdad?
Travis miró a su hermano menor e intentó contenerse.
—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó.
—No me mal interpretes. Julie me gusta, me cae bien. Sólo digo que las cosas empezaron a complicarse el día en que te casaste con ella.
—Eso es verdad —dijo Adam.
—¿Tú también desconfías de Julie?
—¿Estás totalmente seguro de su inocencia?
Travis no lo estaba en absoluto. Era un mar de dudas, Pero no iba a admitir delante de sus hermanos que ellos se estaban limitando a repetir en voz alta sus propios pensamientos. Además, él era quien se había casado con ella. No iba a discutir el asunto en un comité familiar.

—Sí —mintió. —Totalmente.
Adam lo miró en silencio durante unos segundos antes de asentir.
—Entonces, mejor que mejor. Te recomiendo que Julie y tú actuéis con discreción durante una temporada. Todo este asunto de la prensa nos tiene a todos de los nervios... temo que Gina sufra una crisis; y teniendo en cuenta su estado, me preocupa.
—Te aseguro que yo tampoco disfruto con el circo de la prensa.
Adam hizo caso omiso del comentario.
—Jackson y yo seguiremos hurgando en el pasado de Jean Claude. Tiene que haber algo en alguna parte. Seguro que lo hay.
—Tengo una idea—dijo Jackson. —Podríamos imitarlo y usar sus tácticas... hablemos con algún periodista que lo conozca. Quién sabe, tal vez pueda darnos información...
—Sí, podríamos intentarlo—afirmó Travis. —Es una idea excelente.
Ahora, varias horas más tarde, ya no estaba tan seguro de que la propuesta de Jackson fuera tan buena. Cabía la posibilidad de que no le gustara lo que descubrieran, de que Julie estuviera efectivamente implicada.
Pero prefirió no pensar en ello. En parte, porque no

quería pensar que Julie lo
hubiera traicionado y que él hubiera cometido un error de juicio tan grave con
ella; y en parte, porque de todas formas estaban condenados a vivir juntos.
Con la prensa atenta a cualquier escándalo, no se podía permitir el lujo de
divorciarse.
Sacudió la cabeza y se pasó una mano por el pelo. La música del teléfono
seguía sonando, repitiéndose una y otra vez.
Quizás no pudiera arreglar su vida. Pero desde luego, hablaría con Thomas
Henry.
En ese momento oyó una voz brusca.
—¿King? ¿Qué quieres?
—¿Henry?
Travis se enderezó de inmediato.
—Llevo una semana intentando hablar contigo —continuó.
—He estado ocupado.
—Lo comprendo. Yo también —dijo. —No he hecho otra cosa que hablar con
mis abogados... ciertamente no es la mejor forma de pasar las primeras
semanas de mi matrimonio con Julie.
—Ya. He leído bastantes cosas sobre vosotros.
—Me lo imagino. Pero quiero que sepas que lo que han publicado es
rotundamente falso —afirmó Travis.
—¿Insinúas que no estaba casada con ese tipejo Jean Claude Doucette?
Travis alcanzó un bolígrafo de la mesa, jugueteó un momento con él y lo

volvió a dejar en su sitio, tenso.
—Lo estuvo, sí.
—Entonces... los dos tenéis exactamente lo que os merecías.

Travis intentó mantener la calma.
—Doucette engañó a mi esposa —explico con voz firme. —Ella no ha hecho
nada malo, así que te agradecería que no nos insultaras.
—Alto ahí...
—No, Henry. Escúchame tú —lo interrumpió con brusquedad. —Es cierto que
quiero que tu empresa distribuya mis vinos, pero puedo vivir sin tu ayuda.
Además, sabes tan bien como yo que ese acuerdo sería beneficioso para
ambos, no sólo para mí.
Travis no era hombre que encajara fácilmente un insulto ni que se arrastrara
ante los demás. No iba a permitir que Henry ofendiera a su esposa y le
ofendiera a él.
—¿Con quién te crees que estás hablando?
—Eso mismo podría decir yo, Henry —respondió, cada vez más enfadado. —
No soy precisamente un recién llegado al mundo del vino. Tengo una de las
bodegas más importantes de California y lo sabes de sobra. Los vinos King se

venden cada día mejor. Así que podemos trabajar juntos y hacer un negocio
que nos proporcione mucho dinero a los dos... o puedes seguir con tus insultos
a mi esposa y conseguir que te cuelgue el teléfono ahora mismo y busque un
distribuidor diferente.
Durante un segundo, Travis pensó que había ido demasiado lejos y que
Henry iba a optar por la segunda opción. Pero no fue así.
—Tienes razón —dijo Henry con tono pensativo. —Y debo añadir que admiro
a los hombres que son capaces de defender a su familia en cualquier
circunstancia. Está bien. Reunámonos la semana que viene y discutiremos tu
propuesta.
Travis se alegró por el éxito obtenido a pesar de que tenía un fondo
agridulce. Incluso pensó en ir a buscar a Julie para darle la noticia. Sin
embargo, no lo hizo. Al fin y al cabo, el suyo no era un matrimonio de verdad.
Julie cerró la puerta del dormitorio principal y salió a la terraza del piso
superior. Desde allí se veían varias hectáreas de vides y un cielo tan azul y
claro que casi dolía mirarlo. Era una imagen tan bella que durante unos
segundos olvidó todos sus problemas y no hizo otra cosa que disfrutar del
paisaje.
Pero no había subido para admirar los alrededores,

sino para encontrar un
poco de intimidad. Había llegado el momento de dejar de ser una observadora
pasiva de su propia existencia y de hacer algo para mejorar su futuro.
Sacó el teléfono móvil y marcó un número que había intentado olvidar
muchas veces, sin éxito. Después, esperó a que contestaran y se sobresaltó al
oír una voz de hombre.
—¿Dígame?
Julie odiaba con toda su alma aquella voz.
—Jean Claude... tenemos que hablar.

CAPÍTULO 08
Julie se sintió como si fuera una espía.
Casi esperaba que Travis surgiera en algún momento de entre las sombras,
la apuntara con dedo acusador y exclamara: «¡Traidora!»
—Creo que esto no es buena idea —murmuró.
Alcanzó el café que había comprado y se acercó a la barandilla que daba al
mar, dejando que la brisa le refrescara la cara y le revolviera el cabello.
Estaba sola en el aparcamiento, a unos treinta kilómetros al norte de la
bodega de los King. Había tomado la autopista que bordeaba la costa de
California, atravesando multitud de localidades,

Estaba llena de zonas de
descanso y de miradores pensados para que los turistas pudieran detenerse y
hacer fotografías de los maravillosos paisajes.
En otras circunstancias, Julie habría disfrutado de las vistas como el que
más. Pero aquel día no estaba allí para contemplar los nubarrones negros del
horizonte ni el mar interminable, que había adquirido un tono oscuro metálico y
daba a la escena un aire extraño, como de una película en blanco y negro.
Y eso era precisamente lo que pensaría Travis si llegaba a saber lo que
estaba haciendo, si averiguaba que había quedado con Jean Claude para tratar
de llegar a un acuerdo con él. Lo vería todo blanco o negro,
—Ni lo pienses, Julie —se dijo.
Nerviosa, miró hacia un bosque cercano. Se había acostumbrado tanto a la
amenaza de la prensa que empezaba a comportarse de forma paranoica y
terna miedo de que hubiera Fotógrafos y reporteros entre los árboles. De
hecho, eso explicaba que se hubiera citado con Jean Claude en un lugar tan
apartado.
Segundos después, su ex marido entró en el aparcamiento en un deportivo y
se dirigió a ella con aire de seguridad.
—¿Coche nuevo? —preguntó Julie.
Pensó que Jean Claude debía de estar encantado con la situación. La

apariencia lo era todo para él; se pasaba la vida hablando de sus antepasados
aristócratas y no había duda de que le gustaba ser el centro de la atención.
Además, los periódicos y las televisiones de todo el país habían llegado a la
extraña conclusión de que la verdadera víctima era él, una especie de amante
despreciado.
—Sí, es nuevo. Bonito, ¿no te parece? —preguntó con una sonrisa.
Jean Claude señaló la capota del vehículo, rojo y brillante.
Era obvio que estaba ganando mucho dinero.
—Me alegro mucho de verte, *ma chérie*.
Julie se apartó un poco de él para mantener las distancias. No podía creer
que se hubiera enamorado de aquel hombre en el pasado. Y él debió de
adivinar sus pensamientos, porque su sonrisa se volvió más irónica.
Empezaba a dudar de haber tomado la decisión adecuada. Si Travis llegaba

a enterarse, su vida se convertiría en un infierno.
—Jean Claude...
El hombre miró a su alrededor.
—Este sitio es muy sexy, ¿verdad? —dijo. —Y estamos tú y yo solos...
—No. Es decir, sí, estamos tú y yo solos... pero no es

sexy.
—Como tú digas —declaró él, encogiéndose de hombros, —Pero si no querías
disfrutar de un encuentro clandestino conmigo ¿Por que querías verme?
—¿Un encuentro clandestino? ¿Es que te has vuelto loco?
—Oh, vamos, no me digas que ya no te acuerdas de lo que hubo una vez
entre nosotros —dijo Jean Claude, hablando con voz sensual.
Julie lo miró con frialdad y él volvió a encogerse de hombros.
—Muy bien. Dime qué quieres.
—Quiero que dejes lo que estés haciendo y que te marches.
—¿Que lo deje? —preguntó, arqueando una ceja—¿Por qué iba a hacer tal
cosa?
—¿Es que todavía no has hecho daño suficiente, Jean Claude?—preguntó,
dando un paso hacia él, —¿No has sacado suficiente dinero de los problemas
que nos has causado a Travis y a mí?
—No, Y creo que puedo sacar mucho más, así que pienso seguir adelante.
A Julie se le revolvió el estómago.
—Vas a destrozar la vida de un hombre que no merece todo esto, Jean
Claude. Y no voy a permitir que te salgas con la tuya.
—No me digas. ¿Y cómo vas a impedirlo?
—Iré a la policía. Travis no quiere hacerlo; quiere arreglar el problema por su
cuenta. Pero yo haré que te arresten por extorsión.

El francés sonrió y chasqueó la lengua.
—Oh, *chérie*...
—¡Deja de llamarme así! Márchate de mi vida, Jean Claude.
Jean Claude rompió a reír.
—¿Por qué?
—Porque ya no soy la idiota que se casó contigo. Conseguiré que acabes con tus huesos en la cárcel o que te deporten del país.
—No, no lo harás. Además, no tienes pruebas.
—Las conseguiré —afirmó. —Te lo advierto. No me presiones más.
—No te creo.
De repente, Jean Claude se acercó y la besó en los labios antes de que ella pudiera evitarlo.
Julie se limpió la boca con el dorso de la mano, como si la hubiera llenado de veneno.
—Aléjate de mi, Jean Claude. Y aléjate de Travis si no quieres terminar entre rejas.

—¿Me estás amenazando? —preguntó entre risas. —Vaya, creo que podría hablar con la prensa y declarar que tu maridito se dedica a amenazarme... eso les encantaría. El rico y poderoso contra el pobre amante despechado.
—Travis no es quien te amenaza, Jean Claude. Soy yo

—dijo, mirándolo a los
ojos. —La extorsión es un delito muy grave.
Él sonrió con tranquilidad.
—Y la bigamia también, querida. ¿De verdad quieres que solventemos este
asunto en los tribunales de Justicia?
Lo que Julie deseaba era algo bien distinto: estrangularlo. Pero
desgraciadamente, eso también era un delito.
Se odió a sí misma por haber organizado aquella reunión con su ex marido y
se alejó en dirección a su coche. Ahora sólo quería perder de vista a Jean
Claude.
Sin embargo, cuando llegó al vehículo y abrió la portezuela, se giró hacía él y
dijo:
—No me presiones más, Jean Claude. Llévate lo que has ganado y
desaparece. Déjanos en paz de una vez por todas.
Él se limitó a despedirse con la mano y a decir: —Nos veremos pronto.
Cuando arrancó y miró por el espejo retrovisor, Julie vio que el francés había
sacado el teléfono móvil y estaba hablando con alguien.
Eso no anunciaba nada bueno.
Dos horas después, Travis salió de su Furgoneta y cerró la portezuela de
golpe. Se había levantado una brisa fresca que suavizaba los rigores del sol,
pero que no servía para enfriar la rabia que sentía.
Por si no tuviera bastante con todos los problemas, acababa de recibir una

llamada del agente inmobiliario. Por lo visto, su esposa estaba buscando una propiedad y ni siquiera se había molestado en decírselo a él.
No vio su coche, pero la calle Main estaba llena de gente y podía haberlo aparcado en cualquier otra parte. Aunque Birkfield era pequeña, el centro vivía un bullicio permanente. Los residentes preferían hacer las compras allí en lugar de tomarla autopista y dirigirse a cualquiera de las grandes ciudades de los alrededores. Además, recibían muchos turistas que se sentían atraídos por las bodegas de la zona.
La calle Main estaba infestada de tiendas de antigüedades, boutiques, restaurantes y todo tipo de tiendas más pequeñas dedicadas al servicio de la comunidad, como ferreterías, carnicerías e incluso una oficina de correos. A Travis siempre le había gustado. Por lo menos hasta unas semanas antes, cuando los periódicos y las revistas empezaron a publicar detalles escabrosos de su vida y lo convirtieron en centro de la comidilla local.
—Buenas tardes, Travis...
Travis se giró al reconocer la voz. Era lo que le faltaba. Se acababa de encontrar con la mayor cotilla de Birkfield.
—Hola, señora James. ¿Qué tal está?

—Oh, muy bien... Gracias a Julie y a ti, el pueblo se ha vuelto muy entretenido...

—Sí, claro.

La mujer, de edad avanzada, chascó la lengua y negó con la cabeza.

—Pero supongo que ya conocías el problemita de Julie cuando te casaste con ella, ¿verdad? —preguntó.

Travis estaba a punto de responder cuando la mujer que había sido su profesora en el quinto curso de enseñanza primaria siguió hablando,

—Recuerdo que erais uña y carne de niños. Le conté a un joven periodista que una vez tuve que sacaros a los dos del armario del conserje... Claro que entonces sólo erais un par de niños, pero Julie era tan dulce contigo que me pareció inapropiado.

—¿Inapropiado?

—Bueno, ya sabes... a fin de cuentas, su madre era la cocinera de tu familia.

Travis miró a la mujer con asombro, intentando decidir si responder con una grosería o limitarse a asentir y seguir su camino.

—Bueno, me alegro mucho de haberla visto, señora James.

Todavía no había dado ni un par de pasos cuando la mujer añadió:

—¿Estás buscando a tu esposa?

Travis cerró los ojos un momento y suspiró.
—Sí. ¿Sabe dónde está?
—Creo que sí. La he visto entrar hace cinto minutos en la vieja taberna —
respondió con desagrado —Si fuera por mí, derribarían ese edificio... pero los
del Ayuntamiento no me hacen caso.
Travis sintió una repentina simpatía hacia los miembros del Ayuntamiento.
—Gracias...
Se pasó una mano por el pelo y siguió caminando. Al final de la calle
distinguió una furgoneta de una cadena de televisión. Esperaba que los
periodistas se hubieran cansado de perseguirlos, pero estaban decididos a
seguir hasta el final.
Al llegar a la vieja taberna del pueblo, se detuvo un momento. Lo habían
cerrado años antes y se encontraba entre una tienda de velas y una galería
que exponía las obras de unos artistas locales. La puerta delantera no podía
estar más sucia, pero estaba abierta y entró.
El interior estaba prácticamente a oscuras. La luz del sol apenas conseguía
atravesarla mugre del escaparate y la única y solitaria bombilla que lucía en el
techo no tenía potencia suficiente para hacer retroceder a las sombras. No se
oía ningún ruido, pero Travis notó la presencia de su esposa. —¿Julie?
—¡Estoy aquí, al fondo!
Travis entró en una sala que al parecer había sido la

cocina. Julie estaba de
rodillas, con la cabeza metida en un horno que
parecía más viejo que él.
—¿Qué estás haciendo aquí?
Julie sacó la cabeza y sonrió. Tenía hollín en la nariz.

—Tengo una pregunta más interesante: ¿Cómo me
has encontrado?
Él se metió las manos en los bolsillos.
—Donna Vega me ha llamado hace un rato. Dice que
estás interesada en
una propiedad.
Ella se levantó.
—No me imaginé que te llamaría. Pensaba decírtelo
yo misma, más tarde...
—¿Decirme qué?
Julie alcanzó un paño e intentó limpiarse la suciedad
de las manos.
—Vi que vendían este local y me detuve a echar un
vistazo. Luego llamé a
Donna y le pedí que me dejara verlo.
—Eso explica lo que estás haciendo, pero no por qué.
—¿Ya no te acuerdas de que el año que viene voy a
abrir una panadería?
Este lugar sería perfecto...
Él sacudió la cabeza.
—Este sitio sólo sirve para hacer leña con él.
—Bah, no tienes imaginación...
—De todas formas, no deberías dedicarte a estas
cosas precisamente ahora.

—¿A qué te refieres?
—A lo de buscar locales. ¿No crees que ya tenemos problemas suficientes?
—preguntó, echando un vistazo al decrépito establecimiento.
—Travis, esto no tiene nada que ver con lo que nos está pasando.
—¿Ah, no? —dijo, cruzándose de brazos. —¿Es que no comprendes que a los
periodistas que están por todas partes les encantaría publicar que la esposa de
Travis King va a abrir un negocio? Las mujeres de los King no tienen que
trabajar.
—¿Pero de qué planeta has salido?
—No, no, espera un momento...
—No, espera tú un momento—espetó, enfadada —¿Es que ya no te acuerdas
de que tu madre trabajaba todo el día en el rancho?
—Pero eso era diferente.
—Era trabajo. Igual que esto. Y le encantaba.
—Mi madre no tiene nada que ver con este asunto.
—No, desde luego que no. Pero Gina también es una mujer de los King y
trabaja. De hecho, se dedica a entrenar y a criar caballos.
—En su casa —le recordó.
—Ah, así que no te importa que trabaje, sino dónde lo haga...
—Ni mucho menos —se defendió. —Es que no me parece adecuado... si no
vas a abrir la panadería hasta dentro de un año, ¿por qué alimentar los
rumores ahora? Ya tenemos bastantes problemas,

Julie. Maldita sea, se supone
que somos un equipo... ¿Qué crees que pensará la gente si actúas a mis
espaldas, sin que yo lo sepa?

Julie se ruborizó y apartó la mirada.
—Te odio cuando tienes razón —dijo.
—Me extraña que te rindas tan fácilmente —afirmó él con desconfianza.
—Es que es verdad... no había pensado en el efecto que puede causar en la
gente. Aunque estoy harta de tener que preocuparme por lo que piensen los
demás —confesó— ¿Por qué se meten en nuestras vidas? ¿Por qué les
interesamos tanto?
—Cualquiera sabe —respondió. —Tal vez sea porque se aburren y necesitan
husmear en las vidas de los demás.
—Ya, pero podrían husmear en las vidas de otros...
—Bueno, la prensa encontrará otra víctima en algún momento y nos dejarán
en paz. Ya lo verás. No te preocupes.
Ella lo miró a los ojos.
—Lo sé, lo sé... Pero quiero que sepas que iba a decirte lo del local. Lo cual
demuestra que no tenía intención de actuar a tus espaldas... porque sí quisiera
hacer tal cosa, no te lo contaría, ¿verdad?
Las sospechas de Travis se avivaron de repente.

—Vaya, Di me una cosa, Julie… ¿qué más me has ocultado?

CAPÍTULO 09

—¡Pero no me dijiste que lo habías besado!
La voz de Travis resonó en las paredes y en el techo alto de la bodega. La
sala todavía estaba vacía, pero Julie deseó que la multitud que esperaban
apareciera de inmediato.
Dos veces a la semana, las bodegas King ofrecían una cata de vinos en aquel
mismo lugar Los turistas paseaban por las cavas, compraban en la tienda,
probaban los vinos y se divertían con las explicaciones sobre el día a día del
trabajo en los viñedos. Además, siempre les ofrecían una comida. Y esta vez,
Julie había sido la encargada de prepararla.
Ante ellos, en la elegante mesa con platos de porcelana y cubertería de
plata, había gambas a la plancha, espárragos, canapés de espinacas con queso
y toda una gama de postres desde tartaletas de limón hasta una tarta de
chocolate. Julie había estado cocinando varias horas y estaba deseando
atender a los invitados, pero supo que no les gustaría ver la cara sombría de
Travis.
El día anterior le había confesado que se había reunido con Jean Claude en el
aparcamiento de la carreteril de la costa. Le contó sus intenciones y que
habían discutido, con la esperanza de que lodo

acabara allí. Pero la vida no
podía ser tan fácil. Por la forma en que la miraba y por el periódico que blandía
en la mano, supo que había pasado algo muy desagradable.
—Cuando me contaste lo de tu reunión con Pierre, olvidaste decirme que
había sido muy romántica... —dijo él, lleno de ira.

—No Fue romántica en absoluto. Yo no me acercaría a menos de un metro
de ese canalla... —afirmó.
—¿Ah, sí? Entonces podrás explicarme esta fotografía. Porque seguro que le
han dado cien dólares más por ella.
Travis arrojó el periódico sobre la mesa y Julie lo alcanzó y lo miró.
—Oh, Dios mío...
La fotografía no podía ser más explícita. El fotógrafo había captado el
momento preciso en que Jean Claude la besó a traición. Era evidente que el
francés estaba de acuerdo con él y que le había pedido que se escondiera para
hacer la foto.
Una vez más, se había portado como una idiota. Había confiado en un
delincuente sin ningún sentido de la ética. Era culpa suya.
—Debía de estar escondido entre los árboles... —

murmuró ella.
—¿Quién?
—¡El Fotógrafo, por supuesto!
Julie intentó alcanzar el periódico otra vez, pero él se le adelantó y leyó el pie
de la imagen.
—«¿Amantes clandestinos?»
—¿Qué?
—Déjame que te lo lea, por Favor: «Jean Claude Doucette y Julie O'Hara
Doucette King...» Julie palideció.
—Ya no llevo su apellido, ¿verdad? Él siguió leyendo.
—«... se encontraron secretamente en un mirador de la carretera de la
playa». —Eso suena horrible...
—Oh, pues mejora a continuación —se burló él, mirándola con desprecio. —
El periodista que ha escrito el artículo se pregunta si Travis King sabía antes de
casarse contigo que todavía estabas enamorada de un hombre de quien ni
siquiera te habías molestado en divorciarte.
Julie deseó que la tierra se la tragara.
—Travis, no puedes creer eso...
—¿Y qué quieres que crea? Te reuniste con él.
—Sí, es verdad, pero por los motivos que te conté ayer.
—Debiste decírmelo antes, no después. Y sobra decir que lo habría impedido.
Ella suspiró.
—Precisamente por eso me lo callé.
—¿Pero qué diablos tenías que hablar con ese canalla? ¿Qué era tan
importante como para que me traicionaras de ese

modo y fueras a verlo?
—Ya te lo expliqué ayer, Travis —dijo, intentando responder con calma. —
Tenía que intentarlo. Quise hablar con él e intentar discutir la situación para
que líos dejara en paz.
—Ya tengo un montón de abogados que se están ocupando de eso. Y mis
dos hermanos siguen investigando su pasado —le recordó.

Julie se sentía terriblemente frustrada.
—No lo entiendes, Travis. No soy una mujer capaz de permanecer en casa,
de brazos cruzados, mientras otros le resuelven sus problemas. ¿Es que no te
das cuenta? Jean Claude ha organizado esto por mí. Fui yo quien cometí la
estupidez de casarme con él hace años y soy yo quien debe solucionarlo.
—Maldita sea, Julie...
Travis cerró el puño sobre el periódico y lo arrugó.
—Tenía que hacer algo. Yo sé cuidar de mí misma, siempre lo he hecho... no
sé hacer otra cosa y, francamente, tampoco quiero hacerlo. En el fondo, todo
esto es culpa mía. Solo pretendía mejorar la situación.
—Pues no te ha salido muy bien.
—Sí, bueno... Cometí el error de olvidar que Jean

Claude es una serpiente. O
algo peor que una serpiente, algo que...
—Pero te besó —la interrumpió.
Ella asintió, derrotada.
—Sí. Pensándolo bien, es aún más rápido que una serpiente.
Travis se acercó a ella y le acarició el cabello.
—No me gusta que te toque.
—Créeme. A mí tampoco.
—Quiero hacerlo, Julie.
—¿A qué te refieres?
—A confiar en ti.
Julie se estremeció. No se había dado cuenta hasta ese momento, pero
estaba enamorada de aquel hombre. Deseaba sentir su calor, que la tocara,
que la acariciara.
Sin embargo, él no parecía darse cuenta.
—Puedes confiar en mí, Travis.
Travis sonrió. Sólo fue un gesto leve, pero suficiente para iluminar durante
un momento sus ojos sombríos.
—Confiar en alguien me cuesta mucho, Julie.
—Pues inténtalo —le urgió. —Nos conocemos desde niños y sabes que yo no
te traicionaría por nada en el mundo. No tengo nada que ver con Jean Claude.
No estoy conchabada con él... soy la que siempre he sido.
Él volvió a sonreír.
—¿Y quién es esa persona?
—Julie. Sólo Julie.
Justo entonces oyeron ruido en la distancia. Portezuelas que se cerraban, el

motor de un autobús, voces, conversaciones, risas.
—Nuestros invitados acaban de llegar.
—Travis...
—¿Sí?

—Créeme, por favor. Yo nunca te traicionaría. Él la miró como si intentara averiguar quién era realmente aquella mujer.
—¿Sabes una cosa? —preguntó.
—¿Cuál?
—Esta noche estás más bella que nunca.
Al contemplar su cabello rojizo, sus ojos verdes e inocentes, sus labios sensuales, las curvas de su cuerpo bajo el vestido amarillo, Travis sintió una punzada de deseo. A pesar de las fotografías en los periódicos, a pesar de todo lo que había sucedido desde la boda, la deseaba. No sabía si era un estúpido por eso, si se estaba dejando llevar por las hormonas. Sólo sabía que quería estar con ella.
—Ya hablaremos más tarde —añadió él.
—Travis...
Las voces de los invitados se oían cada vez más cerca, así que añadió:
—Más tarde, cuando estemos a solas.
Travis alcanzó el periódico, se lo metió debajo del brazo y avanzó hacia los invitados que entraban en la sala.

—Bienvenidos a las bodegas King —les dijo. —Mi esposa y yo esperamos que disfruten de la velada.

A fin de cuentas, alguien debía disfrutarla.

Durante las semanas siguientes, la vida se volvió más rutinaria. Julie trabajaba en la cocina y probaba nuevas recetas mientras imaginaba el día en que por fin podría abrir su panadería. Pero ya no le entusiasmaba la idea. Sabía que cuando alcanzara su sueño, perdería a Travis.

Las bodegas King estaban recibiendo más visitas que nunca. Entre los vinos de su esposo y la comida que preparaba ella, su fama no dejaba de crecer.

Incluso los periódicos empezaban a concentrarse en su éxito profesional y a olvidar los escándalos pasados. Pero Jean Claude seguía en la zona y estaba decidido a complicarle la existencia.

Se apartó de la cocina y se acercó a la ventana que daba a la bahía. El viento azotaba las hojas de las vides y el sol empezaba a pintar las nubes con tonos intensos de rojo y de dorado. Como la cocinera de Travis estaba de vacaciones, ella podía disfrutar de una soledad pasajera que le venía muy bien.

Necesitaba pensar, tomar decisiones.

Aquella mañana había estado en Sacramento, Deseaba alejarse de las miradas de curiosidad y del cotilleo de los vecinos de Birkfield. Una vez allí, entró en una farmacia y compró un test de embarazo

que introdujo en la casa como si fuera un cargamento de drogas. Lo hizo y esperó el resultado. Sólo tardo tres minutos, pero eran tres minutos que lo podían cambiar todo.

Ahora se sentía más viva y más entusiasmada que nunca, aunque también más preocupada por el futuro.

No sabía cómo decirle a Travis que estaba embarazada. No en vano, se suponía que aquel matrimonio era de conveniencia.

Y por otra parte, tampoco podía permanecer a su lado únicamente por eso.

Sí no la amaba, no tenía sentido. Sólo conseguirían amargarse la vida y amargar la vida de su hijo.

—¿Te ocurre algo?

Al oír la voz de Travis, Julie se giró.

—Ah, eres tú, me has asustado...

Él sonrió y alcanzó una de las tartaletas de limón que ella había sacado del horno unos minutos antes, Julie había descubierto que le gustaban mucho, así que las preparaba con bastante frecuencia.

—Cuidado, que todavía están calientes...

—Me gustan las cosas calientes.

Julie se ruborizó y él dio un mordisco.

—Hum... están buenísimas. Como siempre.

—Gracias.

—Pero, ¿qué estabas pensando cuando he entrado en la cocina?
Ella no se atrevió a decirle la verdad.
—Oh, bueno... nada en especial,
—No sabes mentir.
—Es verdad, pero eso es una virtud... ¿no?
—Sí, supongo que sí.
Julie se acercó, tomó la bandeja de tartaletas y las apartó de la cocina para
que se enfriaran más de prisa.
Travis la miró y pensó que no tenía ningún motivo para desconfiar de ella.
Aquel día se había recogido el cabello en una coleta y llevaba unos vaqueros
desgastados y una camiseta verde con el logotipo de las bodegas King. Iba
descalza, y tenía las uñas pintadas de rojo.
Estaba haciendo un esfuerzo por mantener las distancias con ella, pero cada
vez le resultaba más difícil. Durante el día, cuando estaba trabajando o
comprobando el estado de los viñedos, se sorprendía pensando en ella y
preguntándose qué estaría haciendo en ese momento. Y de noche, cuando
servían las comidas a los turistas, se sentía orgulloso de tenerla a su lado.
Tenía verdadero talento para la cocina y sabía cómo tratar a la gente.
Hasta Thomas Henry se había dado cuenta del éxito de su empresa. De
hecho, no había tenido que esperar mucho para cerrar el acuerdo de
distribución. Henry le había ofrecido un acuerdo más

que generoso y, por
supuesto, no había vuelto a decir nada insultante sobre su esposa.
Dio otro bocado de la tartaleta y pensó que su sabor, entre dulce y amargo,
se parecía bastante a su relación con Julie. Dulce, por las noches entre sus
brazos y por las risas de las mañanas, por el contacto de su cuerpo y el sonido
de sus gemidos cuando hacían el amor. Amargo, por el problema con su ex
marido, por el hecho de que se hubiera reunido con él a sus espaldas, por la
desconfianza y porque sabía que se alejaría de él cuando terminara el plazo
estipulado en el contrato de matrimonio.

No podía imaginar una vida sin ella. No sabía con quién hablaría entonces; ni
siquiera, con quién podría discutir. Sus empleados no se atrevían a llevarle la
contraria. Pero Julie era diferente. Perfectamente capaz de enfrentarse a él.
—Acabo de hablar con Adam —le informó. —Aunque en realidad no he
hablado mucho... me he dedicado a escuchar, sobre todo.
—¿Y de qué se trataba?
—De Pierre.
Julie bajó la mirada. —¿Qué te ha dicho?

Travis se acercó a ella.
—Tiene un plan. Algo que, con un poco de suerte, nos librará de ese canalla.
Ella lo miró a los ojos.
—¿Y cuándo lo va a poner en práctica?
—Pronto.
—Entonces, es una buena noticia...
—Sí.
Julie no parecía muy feliz, lo cual le extrañó. Tal vez fuera por la tensión de esos días; o tal vez, porque en realidad estaba conchabada con Jean Claude y tenía miedo de que lo descubrieran.
Fuera como fuera, Travis frunció el ceño y se alejó de Julie. Olía demasiado bien y la deseaba demasiado.
—Sólo quería decírtelo. Te mantendré informada.
—Gracias—dijo, con la mirada perdida en la ventana.
Cuando llegó a la puerta, Travis se detuvo y la miró.
—¿Te encuentras bien? —preguntó, preocupado.
Estaba más pálida de lo normal y sus ojos no tenían el brillo de costumbre.
—Sí, estoy perfectamente. Sólo un poco revuelta... —dijo con una sonrisa débil. —He comido demasiado mientras preparaba esas tartaletas.
La respuesta de Julie sonó natural y fue rápida. Pero lejos de tranquilizar a Travis, lo preocupó todavía más. Como ya había dicho, era muy mala mentirosa.

CAPÍTULO 10

—¿Te acuerdas de la noche de nuestra boda?
—Por supuesto que sí.

Travis la miró. Parecía nerviosa. Se había metido las manos en los bolsillos
de los vaqueros y se estaba mordiendo el labio inferior. Ni siquiera se atrevía a
mirarlo a los ojos.
Le pareció bastante extraño. La había visto preocupada, tensa, asustada y
enfadada. Pero nunca, en todo ese tiempo, nerviosa.
Ella abrió la boca como si estuviera a punto de decir algo, pero la cerró otra
vez.

—Venga, suéltalo, Julie...
Travis no tuvo que esperar más.
—Estoy embarazada —declaró.
Travis, que había estado sentado hasta entonces, se levantó de golpe. Clavó
la mirada en el estómago perfectamente liso de Julie y pensó que allí, dentro,
creciendo poco a poco cada día, estaba su hijo.
Su hijo.
Era una situación totalmente nueva para él. No sabía qué pensar ni qué
sentir. No sabía cómo reaccionar ante un anuncio semejante.
Y de repente, tuvo miedo.
Aquélla era una emoción a la que Travis no estaba acostumbrado. Él siempre
sabía qué hacer. Nunca dudaba ante una decisión. Nunca se sentía inseguro.

Pero le acababan de decir que iba a ser padre.
Se pasó una mano por la cara. De ser un hombre que lo controlaba todo y
que tomaba sus propias decisiones en cualquier situación, había pasado a ser
un hombre atrapado en los caprichos del destino.
Iba a ser padre.
Padre.
Tomó aliento y esperó un segundo, como si intentara aclararse las ideas.
—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.
El propio Travis pensó que la respuesta a esa pregunta no tenía la menor
importancia. Pero luego se dijo que sí. Necesitaba saber sí lo acababa de
descubrir o si lo sabía desde hacía tiempo y se lo había estado ocultando,
—Desde hace una hora —contestó ella. —Iba a decírtelo esta noche.
Travis suspiró y la miró como si la viera por primera vez. Allí, pálida,
iluminada por los últimos rayos del sol, le pareció más bella que nunca y se
sintió inmediatamente dominado por el deseo.
Estaba embarazada de él. Llevaba un hijo en su vientre.
Todo lo que le habían enseñado, todo su código de conducta y su moral lo
incitaba a cuidar de ella, a protegerla, a interponerse entre ella y el mundo.
Hasta tal punto, que quiso acercarse y obligarla a tomar asiento para que
descansara un rato.
Pero no se movió del sino. No esperaba ser padre;

era una posibilidad que
nunca se había planteado, A decir verdad, se había pasado media vida
haciendo lo posible para evitar esa situación. No quería tener un hijo con una
mujer a quien sólo le interesaba su poder y su fortuna.
—Sé lo que estás pensando —dijo ella.
—Lo dudo mucho.
—Te estás preguntando si el hijo es tuyo.
Julie lo había sorprendido otra vez. Travis no se había preguntado eso en
ningún momento.
—Es tu hijo. Travis. No de Jean Claude —continuó.
Él sacudió la cabeza.

—¿De qué estás hablando?
—Sé que dudas de mí —contestó ella. —Jean Claude nos ha causado tantos
problemas que, hasta cierto punto, lo comprendo. Pero esto es distinto. Es hijo
nuestro, Y no quiero que llegues a pensar que...
—No sigas, Julie —la interrumpió. —Sé que es hijo mío.
Travis pensó que todo aquello era muy extraño. Había dudado de Julie en
todas las situaciones anteriores y ahora, en cambio, no tenía la menor duda al
respecto.
Ella era demasiado sincera y demasiado lio tirada

para traicionarlo; pero no
lo había comprendido hasta entonces, hasta escuchar de sus labios que se
había quedado embarazada. Julie no era de la clase de mujeres que jugaban
con los sentimientos de los demás. La verdad era tan obvia y tan sencilla que
debería haberse dado cuenta antes.
Julie suspiró y asintió.
—Gracias por confiar en mí.
—No me des las gracias. Deberías estar enfadada conmigo por la forma en
que te he tratado —declaró él.
Ella se encogió de hombros y se acarició el vientre.
—Antes lo estaba. Me has sacado muchas veces de mis casillas durante las
últimas semanas... puedes llegar a ser un hombre muy irritante, A veces,
hablar contigo es hablar con una pared. Aunque estoy segura de que las
paredes saben escuchar mejor que tú —dijo con humor.
Él se sintió herido por el comentario, pero no protestó. Sabía que era verdad.
—Pero esto es diferente —continuó ella— Es mucho más importante que
todo lo demás. El hecho de que creas en mí, basta para borrar los malos tragos
pasados. Además, estos dos meses han sido una locura...
—Sí, eso es cierto.
Habían sido dos meses llenos de sobresaltos y de desconfianza, aunque
también de deseo y de pasión. Y ahora, cuando la

desconfianza ya había desaparecido, Travis descubrió que en el fondo quedaba una emoción más cálida y más profunda que todas las que había conocido hasta entonces.

Pero no quiso pensar en ello.

—¿Estás bien? —preguntó ella, entrecerrando los ojos.

Él soltó una carcajada débil. No se sentía bien en absoluto, pero no tenía intención alguna de confesárselo.

—No lo sé —dijo, caminando hacia ella. —Pero de todas formas, yo soy lo menos relevante en este momento. ¿Cómo estás tú?

—Bien... sólo un poco revuelta y asustada. Pero bien, en serio. Tenía miedo de tu reacción y ahora que lo sabes me siento sorprendentemente bien.

—Tendrías que ir a ver al médico...

—Pensaba hacerlo.

Travis asintió.

—Perfecto. Te acompañaré.

—Por supuesto...

—No quiero que te preocupes por nada, Julie. Sólo quiero que descanses y que tengas cuidado. Tú eres lo único importante.

Ella sonrió y lo miró a los ojos. Había algo distinto en su mirada, algo cálido, nuevo.

—Tendremos que preparar una habitación para el niño, pero no quiero que tú hagas nada de nada —declaró él, nervioso. —Contrataremos a un diseñador de interiores para que cambie una de las habitaciones de invitados... o incluso a un arquitecto, si quieres una habitación nueva en la casa. No sé, tal vez sería mejor... A fin de cuentas, el niño tendrá que estar con nosotros durante los primeros meses y...

La mente de Travis se llenó de imágenes. Pensó en el bebé y se preguntó si sería niño o niña. Y sintió tal pan i coque no pudo hacer otra cosa que empezar a hablar otra vez.

—Podemos hablar con el pintor que hizo los murales de la habitación de Gina y Adam. Es realmente buena. Logró dar un aire mágico a...

—Travis...

—Y no quiero que vuelvas a cocinar—siguió, sin hacerle ningún caso— No quiero que pases tanto tiempo de pie…

—Travis, no voy estar sentada todo el día.

Travis ni siquiera la escuchó.

—Cuando vuelva la cocinera de sus vacaciones, puedes discutir los menús con ella. Pero nada más. Estoy seguro de que Margaret puede encargarse de todo. Lleva mucho tiempo con nosotros y sabe todo lo que hay que saber de...

— ¡Travis!

—¿Qué?

Ella se levantó y lo miró. Él tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no
obligarla a sentarse otra vez en la silla.
—¿Se puede saber qué estás haciendo?
—Planes —contestó.
—Sí, sí, eso ya lo veo, Pero, ¿por qué?
—¿Cómo que por qué? Porque vamos a tener un hijo, por eso. Tenemos que
empezar a pensar en lo que necesitamos.
—No, no tenemos.
Travis sintió un repentino e inexplicable frío interior.
—¿Qué pretendes decir con eso? ¿Es que no quieres tener el niño?
—Claro que quiero.
—¿Entonces?
—Travis, nuestro matrimonio no es real. Te recuerdo que es un matrimonio
de conveniencia, un acuerdo temporal... sólo vamos a estar juntos un año.
Travis pensó que tenía razón. Ése era el acuerdo original
Pero las cosas habían cambiado.

—El bebé no cambia nada —continuó ella. —Nosotros no somos una pareja
normal y corriente. No esperábamos que pasara algo así... pero quiero que
sepas que siempre podrás estar con tu hijo. No lo alejaré de ti.
Travis no podía creer lo que estaba oyendo. Tenía

que saber que su
matrimonio ya no era temporal, que todo había cambiado durante esas
semanas.
La miró a los ojos con intensidad y dijo:
—Te equivocas. Julie. Nuestro matrimonio será permanente, hasta que la
muerte nos separe... no nos divorciaremos cuando termine el año.
—Pero...
—Pero no puedo hacerlo, no puedo —murmuró.
—Es difícil sí—dijo su amiga— Estar enamorada siempre lo es.
Julie miró a su cuñada.
—¿También fue difícil para ti?
Gina pareció brillar bajo la luz de la cocina. Era tan feliz con su matrimonio y
con el hijo que esperaba que Julie sintió una punzada de envidia.
—Amo a Adam desde siempre, pero estaba convencida de que no
llegaríamos a nada... sin embargo, los hombres que amamos pueden llegar a
sorprendernos. A veces son capaces de reaccionar y de ver lo que tienen
delante de las narices.
—A veces —dijo Julie, —pero Travis es más obstinado que Adam y Jackson.
Te aseguro que tiene la cabeza de hormigón armado.
—No renuncies a él demasiado pronto, Julie.
En ese momento, Gina quiso servir el té en los vasos y se encogió de dolor.
—Oh...
Julie corrió hacia ella.

—¿Te encuentras bien? No deberías estar de pie tanto tiempo... deja que lo
haga yo —declaró. —Oh, vaya... sueno exactamente igual que Travis.
—Pues sí ya se comporta así, espera a estar a punto de dar a luz. Lo único
que le falta a Adam es llevarme al cuarto de baño por las mañanas.
—Eso es porque te ama.
—Sí, es verdad. Pero deberías considerar un momento lo que acabas de
decir. Si Travis se preocupa tanto por ti como dices... ¿no será que también te
ama?
Julie miró la puerta que separaba la cocina del resto de la casa. Quería que
Travis se hubiera enamorado de ella. Pero sí se declaraba ahora, sospecharía
que lo había hecho por el niño que llevaba en su interior
—Venga, vamos al despacho —dijo Julie, olvidando sus miedos durante un
momento. —Yo me encargaré de la bandeja.
—¿Sabes una cosa? Creo que te lo permitiré.

En la chimenea del despacho ardía un Fuego, y la luz de las lámparas
contribuía a aumentar la sensación cálida y agradable del lugar.
Los tres hermanos King se habían sentado en los

amplios sillones de cuero y
los tres se levantaron al unísono cuando las vieron entrar.
—No deberías cargar cosas pesadas —dijo Travis, que se acercó para
ayudarla.
—La bandeja no pesa nada.
—¿Estás bien? —preguntó Adam a su esposa.
—Sí, perfectamente. Sólo un poco cansada y dolorida.
—¿Dolorida? ¿Ya ha empezado?
Gina rió.
—No, tonto, no es eso. Es que me duele la cabeza.
—¿Seguro que... ?
—Maldita sea, Adam —intervino Jackson, —déjala en paz un rato. Sí se
encuentra mal estoy seguro de que nos lo dirá.
Adam le dedicó una mirada que habría fulminado a cualquier otra persona,
pero Jackson se limitó a reír y a echar un trago de whisky.
Travis frunció el ceño a su hermano menor, Jackson no podía entender el
miedo y la preocupación de Adam. Él mismo se había convertido en una
especie de maniático desde que había sabido que Julie estaba embarazada; así
que en lugar de burlarse del pánico apenas contenido de su hermano mayor,
sintió una profunda simpatía por él.
Pero su situación era algo más compleja e insegura que la de Adam. Tenía
miedo de que hiciera las maletas y se marchara cuando terminara el año

estipulado en el contrato de matrimonio. Aunque por supuesto, no llegaría muy
lejos, Travis iría a buscarla y la llevaría inmediatamente de vuelta a la casa.
Quería que siguiera a su lado. Quería formar una familia.
Volvió a fruncir el ceño y se dijo que todavía tenía tiempo de sobra para
abrirle los ojos y convencerla de que se quedara.
Cuando Jackson volvió a reír, deseó verlo algún día en la misma situación.
Necesitaba una buena dosis de realidad.
Se acercó a Julie, la ayudó a acomodarse en el sofá y sirvió té a todo el
mundo excepto a su hermano pequeño. Después, miró a Adam y dijo:
—Bueno, ya catamos todos. Hagámoslo.
—¿De qué estáis hablando?
—Lo sabrás enseguida.
Adam se acercó a la enorme mesa del otro lado del despacho. Una vez allí,
alcanzó una grabadora y volvió con el grupo.
—Creo que ya sabéis que Travis, Jackson y yo contratamos a un detective
privado para que investigara el pasado de Jean Claude.
Las mujeres asintieron.

—Y también sabéis que no descubrimos nada que fuera ilegal en un sentido

estricto de la palabra —continuó.
Julie se removió con incomodidad y Travis decidió acelerar el asunto.
—Deja de contarles lo que ya saben y pasa a lo importante, Adam.
El mayor de los hermanos King, sonrió.
—Está bien. El detective privado tuvo una idea que hemos decidido poner en
práctica. No os hemos dicho nada porque no queríamos que os hicierais
ilusiones y que luego saliera mal —explicó. —Pero ha habido suerte.
—¿Qué habéis hecho? —preguntó Julie, mirando a su marido.
Travis sonrió y dijo:
—El detective contrató a una mujer que sedujo a nuestro amigo Pierre. Tenía
que toquetear con él, emborracharlo y sacarle toda la verdad... yo no creí que
fuera tan tonto como para picar el anzuelo, pero lo fue.
—Bueno, tardó un poco en confesar —dilo Adam—La pobre mujer tuvo que
estar más de una hora con ese idiota, emborrachándolo hasta conseguir su
objetivo... Pero tendréis ocasión de oírlo enseguida. He pasado la grabación
hacia delante para pasar directamente a lo más relevante del asunto.
Adam dejó la grabadora en la mesita de café y pulsó un botón.
—¿Y su marido te va a pagar? —preguntó una voz de mujer, algo ronca.
—Oh, sí, pagará lo que yo le pida—con testó la

inconfundible voz de Jean
Claude. —Se ha creído mis mentiras sobre la pobrecita Julie. Y seguirá pagando
mientras siga creyendo que está enamorada de mí.
—Pero extorsionar a alguien tiene que ser peligroso...
—Sí, y muy lucrativo —dijo Jean Claude, hipando. —Le diré que Julie quería
verme para que hiciéramos el amor y él volverá a pagar una y otra vez...
Julie fue incapaz de soportarlo por más tiempo.
—Miente —afirmó.
—Por supuesto que miente —dijo Adam mientras apagaba la grabadora, —
Pero ya basta... no es necesario que oigamos todo lo que dijo ese idiota. Sólo
tenéis que saber que la policía demostró un enorme interés por esta cinta. Jean
Claude va a tener tantos problemas dentro de poco que dejará de molestarnos.
—Pero si la policía consigue pruebas de la extorsión, lo llevarán ajuicio y el
asunto saldrá en los periódicos... —declaró Julie, angustiada.
—No —dijo Travis. —Voy a ofrecer a Jean Claude un último acuerdo. Si se
marcha del país y mantiene la boca cerrada, no presentaré cargos contra él.
—¿Y qué hay del dinero que le pagaste?
—No me importa. Que se lo quede.
—¿Y eso es todo? —preguntó Julie.
—Sí. No volverá a molestarte. Te lo prometo.
Ella sonrió.
—¿Y el contrato de distribución de tus vinos? ¿Qué ha pasado con él?

—Ya está firmado. Cerramos el acuerdo esta misma tarde.

Jackson alzó su copa a modo de brindis.
—¡Esto sí que son grandes noticias! —exclamó—Por fin podremos relajarnos un poco.
—Oh, no, no os alegréis tan deprisa... —dijo Gina.
Un segundo después, rompió aguas.

CAPÍTULO 11

Se llamaba Emma.
Y pesaba unos gloriosos dos kilos y medio.
La habitación del hospital tenía tantas flores que parecía un jardín. El aire olía a perfume y se oía el sonido de las risas y de las conversaciones de los presentes. Gina había estado ocho horas de parto y todavía no se había recuperado del esfuerzo, pero a pesar de ello, irradiaba felicidad.
—Es preciosa, Adam —dijo Travis con una sonrisa. —Y se parece mucho a su madre... ha tenido suerte.
—No podría estar más de acuerdo —afirmó su hermano.
Los ojos de Julie se llenaron de lágrimas al mirar a los padres de Gina, los Torino, mientras cuidaban de su nieta. Julie ya había tenido ocasión de tener a la pequeña en brazos, como todos, y por primera vez

se sintió parte integrante
de aquella familia.
Sólo esperaba que Travis y ella pudieran ser tan felices como Adam y Gina.
Pero no quería engañarse. Estaba convencida de que el comportamiento
reciente de su marido se debía exclusivamente a su preocupación por el
pequeño que esperaban. Aunque fuera capaz de cualquier cosa por el niño, no
la amaba.
Y ella no podía quedarse con él en tales condiciones. No sería correcto.
Los ojos se le volvieron a empañar, aunque logró contenerse. Ése no era su
momento ni el momento de Travis. Era el de Gina, Adam y su hija.
Ya hablaría con su esposo más tarde, cuando surgiera la ocasión.
—¿Estás bien?
Travis se había dado cuenta de que le pasaba algo y se había acercado. Su
voz sonó dulce y baja, para que sólo ella lo pudiera entender. Después, le
acarició la cara con tal delicadeza que Julie se estremeció.
—Sí, estoy bien. Supongo que es cansancio.
Travis la miró con preocupación, pero sonrió de todos modos.
—No me sorprende. Y ahora que el espectáculo ha terminado, será mejor
que te lleve a casa. Debes descansar un poco.
A ella le encantaba que la cuidara. Pero habría preferido que lo hiciera por

amor.
—Sí, es una buena idea.

De repente estaba tan cansada que pensó que no aguantaría otros diez
minutos de pie.
Se despidieron de todos y salieron al pasillo del hospital. Era de noche y la
iluminación le pareció excesiva. A lo lejos se oyó el llanto de un niño. Dos
enfermeras estaban mirando un gráfico detrás del mostrador y los sonidos de
los familiares que iban de un lado a otro y de las máquinas resonaban en el
lugar.
Travis la tomó de la mano e intentó recobrar la tranquilidad que había
perdido durante la larga noche que habían pasado. Adam, que era un hombre
extraordinariamente racional y tranquilo, se había convertido en un ser al
borde del pánico al saber que su esposa iba a dar a luz. Ahora ya sabía lo que
le esperaba.
Pero además de compartir el miedo y la alegría de Adam, aquello le había
servido para descubrir otra cosa, algo inesperado, una emoción que llevaba en
su interior desde siempre y que había permanecido aletargada hasta que vio

por primera vez a la hija de su hermano.
El amor.
Una emoción intensa, profunda y compleja.
—Vaya noche —dijo cuando llegaron al ascensor.
Julie asintió.
—Gina ha estado magnífica.
—Sí, es verdad. Y tú.
Travis le apartó un mechón de pelo de la cara y ella rió.
—¿Yo? Yo no he hecho nada. Él sacudió la cabeza.
—Claro que sí. Estás haciendo un niño...
El comportamiento de Travis le pareció tan raro que, cuando llegó el
ascensor, le preguntó: —¿Seguro que estás bien?
Él no estaba seguro en absoluto. Sólo sabía que cuando miraba aquellos ojos
verdes que lo habían seducido desde la primera noche, sentía algo extraño.
—Sí, estoy bien.
La tomó del brazo, entraron en el ascensor y pulsó el botón adecuado. Las
puertas se cerraron enseguida, Y un momento después, el mundo pareció
hundirse bajo sus pies.
El grito de Julie fue desgarrador.
Travis tuvo la impresión de que habían pasado siglos cuando segundos
después gateó hasta la esquina donde estaba Julie. El ascensor sólo bajo un
piso, pero el temblor y el estruendo que había hecho al desplomarse, habían
sido tan terribles que Julie se llevó el peor susto de toda su vida.
La luz parpadeó un momento y de la parte superior

cayeron unas motas de
polvo.
—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.
Travis la inspeccionó para asegurarse de que no
había sufrido ningún daño.
—No lo sé. ¿Estás bien? ¿Te puedes mover?

—Me duele todo, pero creo que puedo moverme.
Justo en ese momento, Julie se llevó una mano a la
frente y Travis se sintió
desfallecer. Tenía una herida.
—Estás sangrando...
Inmediatamente, empezó a buscar en sus bolsillos a
pesar de que sabía que
nunca llevaba pañuelos encima.
—Oh, vaya por Dios —dijo ella, apoyando la cabeza
en la pared, —Y por si
fuera poco, siento un pitido en los oídos...
—Es la alarma.
—Menos mal.
Ella rió. Pero la risa se transformó en un gesto de
dolor.
—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?
Julie alzó la vista hacia la parpadeante luz del techo y
los ojos se le llenaron
de lágrimas.
A continuación, lo tomó de la mano y dijo:
—Creo que algo va mal. Con el bebé.
En ese momento, la luz se Fue y se quedaron a
oscuras.

Horas más tarde, a Julie le dolía todo.
Ahora ya sabían que el cable del ascensor estaba estropeado y que había
cedido. Por suerte, sólo había caído un piso. Si en tugar de estar en el primero
hubieran estado en el cuarto, las cosas podrían haber sido mucho peores.
Travis sólo tenía unos cuantos arañazos; y ella, golpes y magulladuras sin
importancia. Lo único que le preocupaba era el bienestar del bebé.
Los bomberos los habían sacado rápidamente del ascensor y los médicos le
habían hecho todas las pruebas pertinentes. Ahora sólo Faltaban los
resultados. Y estaba tan angustiada que ya no podía soportarlo.
Travis la había dejado un momento, pero únicamente porque ella había
insistido en que fuera a ver a Gina y a Adam para contarles lo sucedido. Pero
no fue buena idea. Al encontrarse sola, se sintió dominada por el temor a
perder el niño y a perder a su esposo. Creía que la preocupación de Travis y su
cambio de actitud se debían a que estaba embarazada, no a que se hubiera
enamorado de ella. Y si perdía el bebé, ni siquiera le quedaría eso.
Cuando se abrió la puerta del dormitorio donde la habían llevado, pensó que
sería uno de los médicos. Sin embargo, era Travis.
Como estaba a contraluz, no pudo verle la cara. Sin embargo, notó que

estaba muy tenso cuando se acercó, se sentó en la cama y la tomó de la mano.
—¿Qué tal están Adam y Gina?
—Preocupados por ti.
—No tienen motivos —afirmó. —Además, hoy es un día de celebración...
—Lo celebraremos juntos cuando tengamos tus resultados.
—¿Es que todavía no has hablado con el médico?

—No. Y no entiendo porqué tarda tanto tiempo. Seguro que las enfermeras
que te han hecho las pruebas ya las tienen a mano —afirmó él.
—Sí, pero es el médico quien debe interpretarlas y hablar con nosotros. No
nos queda más remedio que esperar.
Él se inclinó sobre ella, tocó la venda que le habían puesto en la frente y
preguntó:
—¿Te duele algo?
Julie derramó una lágrima solitaria. Su dolor era infinitamente más intenso y
profundo que el que le causaba la herida de la frente.
—No, estoy bien.
—Por supuesto que lo estás —dijo, intentando animarla —Todo saldrá bien,
ya lo verás...
—Travis...
Julie quiso decir que comprendía que sólo estaba con

ella porque creía que
era lo correcto y que no tenía por qué seguir a su lado. Pero no era capaz de
pronunciar las palabras y de permitir que se marchara. Quería vivir con él, Y
cuando sintió que la besaba en la frente, lo deseó más que nunca.
La puerta se abrió nuevamente. Esta vez era el médico.
Instintivamente, Julie agarró la mano de Travis con Fuerza. El médico avanzó
hacia ellos, miró el informe que llevaba y sonrió.
—Su bebé está bien, señora King.
Julie suspiró y se sintió más aliviada que en toda su vida. Tuvo que
parpadear varias veces para poder ver entre las lágrimas.
—¿Está seguro?
—Desde luego. Es un bebé muy resistente y obstinado —respondió. —Parece
que está decidido a vivir.
—Claro que es obstinado. Es un King.
—Pues goza de una salud de hierro, de modo que no tiene motivos para
preocuparse —declaró, mirando a Julie. —Le ordeno que se tranquilice, Y
tendrá que hacerme caso, porque soy su médico.
—Muchas gracias, doctor.
—Sí, le estamos muy agradecidos —intervino Travis. —Pero dígame, ¿cómo
está Julie? ¿Se recuperará?
—Su esposa está bien, señor King —dijo con una sonrisa benevolente. —
Tiene un par de rasguños y se ha llevado un buen

susto, de modo que sería
conveniente que descansara un poco más de lo habitual durante unos días,
pero eso es todo.
Travis se levantó, soltó la mano de Julie y estrechó la del médico.
—Gracias. Me encargaré de que descanse.
Julie miró a Travis mientras éste acompañaba al médico a la puerta.
Cuando se cerró y volvieron a quedarse a solas, se dio cuenta de que
acababa de descubrir que una persona podía estar triste y feliz a la vez. Se
alegraba porque su bebé se encontraba bien, pero triste porque aún creía que

estaba condenada a vivir con un hombre que no la amaba.
Su corazón se encogió un poco al pensar en los largos años vacíos que
tenían por delante. Y se preguntó cuánto tiempo podría soportarlo,
Travis volvió a su lado y se sentó en el borde de la cama. Le apartó el pelo
de la cara y se inclinó un momento sobre ella para besarla en los labios. A
continuación, se aparto un poco y la miró a los ojos.
—No había estado tan asustado en toda mi vida —le confesó con dulzura. —
Maldita sea... ni siquiera sabía que se pudiera estar

tan asustado.
Julie le dio una palmadita en la mano, emocionada.
—Lo sé, Travis, Yo también lo estaba. Pero por suerte, el bebé se encuentra
bien... ya has oído al médico —afirmó.
—Yo no lo decía por el bebé.
Julie parpadeó e intentó comprender.
—¿Entonces?
—Lo decía por ti, Julie. Tenía miedo por ti...
Travis se detuvo un segundo, tomó aliento, suspiró y se levantó de repente
como si su tensión le impidiera permanecer sentado. Dio unos cuantos pasos, se detuvo y se giró hacía ella.
—¿Tienes idea de lo que he sentido cuando ese maldito ascensor se ha
desplomado y he oído tu grito? ¿Sabes lo que he sentido cuando he mirado
hacia abajo y te he visto en el suelo? Me he sentido tan impotente...
Antes de que ella pudiera abrir la boca, él alzó una mano, se la pasó por el
pelo y siguió hablando.
—No, no puedes saberlo. Ni yo mismo sabía que se pudiera sentir tanto
miedo. Siempre he controlado las riendas de mí destino. Siempre he hecho las
cosas a mi modo, cuando quería y como quería. Las cosas pasaban cuando
tenían que pasar.
—Travis...
Él la miró a los ojos.
—Pero de repente, no podía hacer nada. Había perdido el control. Estabas

herida y no podía ayudarte. Creo que contuve la respiración hasta que te toqué... No pude ni pensar hasta que abriste los ojos y me miraste. Creí que me moriría...

Una ola de esperanza llenó el pecho de Julie.

—Mi corazón se detuvo, cariño —continuó. —Pude sentirlo, de verdad. Fue como si el mundo entero se hubiera detenido... y no volvió a girar hasta que me miraste otra vez, hasta que me abrazaste y sentí tu calor.

Julie empezó a llorar sin poder evitarlo.

Travis se inclinó sobre ella y entonces, justo en ese momento, Julie distinguió en sus ojos lo que tanto deseaba.

Amor.

Casi no podía creerlo.

—Quiero a nuestro bebé, no me mal interpretes — dijo él. —Y me alegra que

se encuentre a salvo... pero sin ti, nada tendría el menor sentido.

Travis se detuvo un momento y añadió:

—Necesito que lo sepas, Julie, y necesito que me creas. Te amo. No sabía que se pudiera amar tanto a una persona.

—Oh, Travis...

Travis la besó una y otra vez,

—No puedo perderte, no quiero perderte... lo eres

todo para mí, todo. No sé
cómo ha sucedido, pero de algún modo, en algún momento de los últimos
meses, te convertiste en el centro de mi universo. Sin ti, no hay nada. Sin ti, no
soy nada.

Ella sonrió entre las lágrimas y extendió un brazo para acariciarle la mejilla.

Él apretó la cara contra su mano y se la besó.

Las últimas dudas de Julie se esfumaron en un segundo.

Ahora tenía todo lo que había deseado. Incluso más aún. Porque su bebé y
su corazón estaban a salvo.

Contempló los ojos marrones de su esposo y vio ante ellos un futuro brillante
y Feliz. Sólo quería salir del hospital y comenzar su nueva vida,

—Te amo tanto... —dijo él, tomándola nuevamente de la mano, —Dime que
tú también me amas, por favor, o me volveré loco. Tienes que amarme, Julie.

—Te amo. Te amo, Travis. Tanto... Creo que siempre te he amado.

Travis sonrió y se inclinó para besarla otra vez, como si no se cansara nunca.

—Menos mal. Pero te advierto una cosa: voy a encargarme personalmente
de que no cambies nunca de opinión.

FIN